

Caracteres
Americanos

A. Fabrega

F2210
F3



CARACTERES SUDAMERICANOS

CUADERNOS DE SOCIOLOGIA

Números Publicados

LOS PARTIDOS POLÍTICOS, por el licenciado Lucio Mendieta y Núñez.

LAS CLASES SOCIALES, por el licenciado Lucio Mendieta y Núñez.

VALOR SOCIOLOGICO DEL FOLKLORE, por el licenciado Lucio Mendieta y Núñez.

SOCIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD, por el doctor Roberto Agramonte.

EL MUNDO HISTÓRICO Y SOCIAL, por Juan Roura Parella.

PROBLEMAS DE LA UNIVERSIDAD, por el licenciado Lucio Mendieta y Núñez y el doctor José Gómez Robleda.

INTRODUCCIÓN A LA PSIQUIATRÍA SOCIAL, por Roger Bastide.

TEMA Y VARIACIONES DE LA PERSONALIDAD, por Juan Roura Parella.

TEORÍA DE LOS AGRUPAMIENTOS SOCIALES, por el licenciado Lucio Mendieta y Núñez.

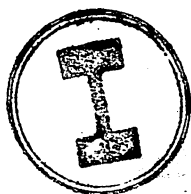
Instituto de Investigaciones Sociales de la
Universidad Nacional de México

CUADERNOS DE SOCIOLOGIA

CARACTERES
SUDAMERICANOS

por

ROBERTO FABREGAT CUNEO



BIBLIOTECA DE ENSAYOS SOCIOLOGICOS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
MEXICO, D. F.

Derechos reservados conforme a la ley.



**INVESTIGACIONES
SOCIALES**

Impreso en los talleres de la EDITORIAL STYLO, Durango 290. México, D. F.

ADVERTENCIA

No se ha intentado en este pequeño ensayo el desarrollo sistemático de las cuestiones abordadas, que no se agotaría en un millar de páginas y que al presente sólo podrían explorarse totalmente —de acuerdo con las exigencias del método sociológico— por una fundación o instituto especializados. Una prevención similar cabe respecto a los motivos históricos que forzosamente han debido evocarse. Piénsese, por ejemplo, que solamente la discusión de los propósitos monocráticos de Bolívar viene durando un siglo, durante el cual han sido revistos y modificados muchas veces juicios y conclusiones.

Para un ensayo de estas dimensiones se ha preferido presentar cortes del tema en diversos planos, afrontando los riesgos de algún eventual desacuerdo entre las imágenes así obtenidas. Pero

este método —que también lo es y tiene sus exigencias— da la ventaja de permitir planteos más breves y concretos y sobre todo, de permanente incitación a la búsqueda y el ahondamiento en los temas expuestos. Y es precisamente aspiración del autor inducir a la meditación de los temas así evocados desde diversos ángulos, ya que en ellos se encuentran las causas que mantienen a América del Sur en condición social de considerable atraso.

Nuestro estudio se detiene allí, es decir, no llega a la formulación de proyectos o planes de supe-
ración. Cualquier sugerencia en ese sentido implicaría revisiones tan fundamentales en todos los órdenes, que sólo puede proponérselas, con la debida extensión, en un trabajo que les esté especialmente consagrado.

Por motivos análogos no hemos formalizado el estudio de la influencia que actualmente ejercen los Estados Unidos de Norteamérica y la U.R.S.S. sobre la órbita sudamericana. La ascensión de estos dos imperios al primer plano de la política mundial es sin duda el acontecimiento más importante del siglo XX. Coincide con la declinación de Inglaterra en el orden político-económico

y la de Francia en el ideológico. Por lo tanto Sudamérica, desorganizada y dividida, ha quedado librada exclusivamente a las influencias estadounidense y moscovita. Aunque se trata de fuerzas políticamente antagónicas, se identifican en el plano mecanístico y pragmático del pensar y el vivir. Poseen la expansividad propias del estado naciente y sus dogmas —simplicidad darwiniana y simplicidad marxista que ahorran todas las dudas— se adaptan fácilmente a la mentalidad popular. Han llegado a revivir —nos atreveremos a afirmarlo— infantiles estados de animismo. Pero es ahora el animismo deslumbrante y atronador de la técnica y la mecánica. América del Sur está ante sus colosales fórmulas de encantamiento, todavía no aclimatadas, pero demasiado poderosas y atractivas para que no se piense en sus próximas consecuencias.

La fundamental importancia de estas cuestiones hacen que hayamos preferido tratarlas por separado, en un ensayo actualmente en preparación.

UN ANTECEDENTE

Los publicistas europeos suspiran por los desiertos de América para realizar, con poca gente, el proyecto de un nuevo orden social. Los publicistas americanos se avergüenzan de no verse rodando en un barrio de cien mil habitantes.—SIMÓN RODRÍGUEZ.

La cita que encabeza este ensayo pertenece al *Tratado sobre las Luces y Virtudes Sociales* de Simón Rodríguez, rousseauniano pintoresco, preceptor, amigo y augur de otro gran Simón que se apellidó Bolívar.

Habían pasado las guerras de la independencia y América del Sur se ahogaba ahora en su propia sangre. Motines, revoluciones de caudillo contra caudillo, guerras entre naciones recién surgidas, tiranías y enclaustramientos de pueblos enteros por

obra de una sola voluntad —como ocurría en el Paraguay— era el espectáculo que se ofrecía a la visión de Rodríguez. Parecía, en fin, confirmarse el tremendo vaticinio de su gran alumno “los que luchamos por la independencia de América hemos arado en el mar”.

Sin embargo, en su *Tratado*, aparecido hacia 1840, Rodríguez reafirmó su fe —aquella fe inmensa que antaño comunicara al Libertador— en el porvenir de América frente a la Europa superpoblada y decadente, y reiteró fervorosamente el papel principalísimo que correspondía a la educación popular en ese proceso mesiánico. No por ello cerró los ojos a la realidad geofísica en que esa educación habría de ejercerse: “todavía no se ha escrito cómo educar pueblos que se erigen en naciones en un suelo vastísimo, desierto...”

Este personaje, olvidado casi, declamatorio e ingenuo, tenía empero tanto de soñador como de realista. Andarán infatigable, que recorrió distancias increíbles con sus ideas a cuestas, fracasó siempre, quizá por exceso de originalidad, toda vez que tuvo oportunidad de llevarlas a la práctica. En Ecuador propuso colonizar, con alumnos jóvenes, las inmensas regiones orientales del país.

BIBLIOTECA

Esta extraordinaria y audaz iniciativa —fijémonos que aún hoy día sería digna de ser considerada muy atentamente— falló, tras la aceptación gubernativa, por intransigencia de Rodríguez en la manera de percibir los emolumentos. En Perú hubo de renunciar al flamante cargo de Director de Escuela con que se le había investido a pedido de Bolívar, tras haberse presentado desnudo ante el aula para dar muy prácticamente la clase de anatomía. El anecdotario de su vida privada, incluido su casamiento con una india en Chile, no es menos extravagante que sus aventuras de educador.

Fué sin embargo este curioso y magnífico vagabundo, que terminó sus días fabricando velas y comentando amargamente que por primera vez podía contribuir eficazmente a “iluminar a América” quien, entre el farrago de su obra, dejó abocetados los caracteres de la realidad sudamericana con acierto tal, que no es posible leerla sin emoción. Véase la cita liminar: todavía gira sobre sus goznes al cabo de cien años. Ahí están el desierto y la vergüenza de tenerlo. Aún existe el publicista europeo que con ademán de oráculo señala alguna vez nuestras tierras como escenario de realización de los imposibles del viejo mundo.

Los tres elementos de la frase permanecen intactos.

Cuando se refiere al tema de las masas autóctonas y su educación, el pensamiento de Rodríguez resulta igualmente válido, mejor dicho, revalidado por la forma en que se reiteran situaciones y acontecimientos en el devenir sudamericano. Y se trata de un tema que ha sido abordado mil veces, desde Sarmiento hasta el último congreso interamericano de educación. No obstante, las frases del venezolano siguen resultando intérpretes fieles de hechos, significados y consecuencias, a la vez que constituyen un antecedente imposible de desconocer.

Tendríamos, pues, que preguntarnos si Rodríguez sabía mucho o si América del Sur ha cambiado muy poco bajo las apariencias. Grave cuestión ésta que no explayamos aquí porque es precisamente una de las que dió origen a este ensayo. Pero, sea como fuere, el hecho que en esta Introducción debe preferirse es el otro. Quienquiera que se aboque al estudio de cuestiones sudamericanas tendrá sobrada oportunidad de comprobar que el pensamiento de Simón Rodríguez se anticipó casi siempre al suyo, y que en muchos casos

sabe ir por el camino más corto hasta el fondo mismo del problema, dejándolo planteado en tal forma que nada se gana con modificarlo. Tal la frase elegida para encabezar este trabajo, la que en treinta y siete vocablos deja compendiadas tres cuestiones a las cuales hemos de volver muchas veces.

Esa es la justicia de nuestra evocación preliminar de la figura del primitivo y sufrido sociólogo cuyas huellas se marcan todavía en el camino de la investigación. Y si ello no alcanzase, ved ahí los episodios de su vida a que hemos aludido: se les diría también un trasunto del drama sudamericano, tocado en sus formas por la misma extravagancia; una muestra elocuente de la distancia a que se hallan el querer y el poder, el proyectar y el realizar en la historia de nuestros pueblos.

I

MEMENTO HISTORICO

Spengler, enhebrando su plástica frase en torno a la conquista de América, la declara una gran epopeya fáustica. Este concepto es coronación y resumen de un modo frecuente de pensar cuyos ecos pueden hallarse hasta en los más modestos manuales de divulgación o instrucción primaria. Hay toda una retórica ampulosa en torno al Descubrimiento y la Conquista. Ella perdura, sobre todo en las esferas pedagógicas, pese a los fundamentales reparos que desde el siglo pasado le vienen oponiendo investigadores más analistas.

La verdad es que nunca se vió al espíritu humano más ausente de una empresa, pese a la desmesurada magnitud de sus contornos geográficos. Comienza como una expedición militar y sigue

como una tentativa de traficantes y burócratas. Inútilmente buscamos en las crónicas la gran idea, el impulso conmovedor, la composición majestuosa, el plan que entusiasma y deslumbra. Abundan en cambio los inventarios, las denuncias y las querellas ociosas.

El primero y definitivo símbolo de esta grandiosa pequeñez de miras lo troqueló Cristóbal Colón, pese a toda su gloria. Fué el hombre que más cerradamente negó la existencia del Nuevo Continente. Estas tierras eran, simplemente, el extremo occidental de las Indias. Eso era lo pactado y así convenía a las finanzas de Castilla. Una equivocación tan grandiosa, tan enorme, jamás igualada en toda la historia —salir en busca de Asia y encontrar que el mundo tenía escondido un continente más— era perturbadora para los planes del Almirante. Por eso, un día de 1494, después de haber paseado sus carabelas entre las pequeñas islas a las que dió el nombre de Jardín de la Reina, Colón fondea en Cuba y anuncia a sus pilotos y cartógrafos que por fin se ha arribado al continente asiático. Allí están el paso al Aurea Chersonessus de Ptolomeo,¹ la especiería,

¹ JAKOB WASSERMAN, *Colón*.

Jesuralén, las minas de Salomón... La tripulación fué reunida en cubierta, y uno a uno sus miembros hubieron de declarar ante el notario que estaban firmemente convencidos de que aquella tierra no era ni podía ser una isla, sino la ansiada extremidad continental. Esta declaración se hizo en tal posición geográfica que hubiera bastado a un grumete subir al mástil para divisar el mar rodeado la extremidad de la isla. ¿No se diría que en esta voluntad para el error, sostenido en medio de la grandiosa hazaña, están contenidos todos los futuros designios de los conquistadores? Los nativos seguirían llamándose para siempre "indios". Los conquistadores no verían jamás los alcances y posibilidades de las muchas civilizaciones diferentes, admirablemente adaptadas al medio geográfico, que les ofrecía América. Estas tierras eran simplemente dominios y factorías. Las colonias no podían ser otra cosa que una sucursal del orden europeo.

Quizás el último virrey se marchó de América en igual disposición de espíritu. Ahora se sabía la existencia física del nuevo continente, sí; pero sus alcances y dimensiones históricas tampoco eran sospechados. Estas eran, simplemente, las tierras

del buen rey Fernando VII. No se encuentra doctrina, preocupación ni plan alguno respecto al hombre y las culturas de América. No hay designios políticos ni educacionales que demuestren haberse entendido que el continente tuviera vida propia. Se atiende bien a las formas de gobierno, a la producción minera y pecuaria, al intercambio comercial. Lo demás marchará solo. Como se han multiplicado los ganados, se multiplicarán los hombres en estas comarcas y seguirán siendo aquí fieles súbditos y leales colaboradores... Más tarde repetiría Hegel que América es simplemente un apéndice de Europa, y que de sus culturas autóctonas no vale la pena ocuparse. Esas fueron también la política y la filosofía del coloniaje.

Cuando se repasan sus crónicas no se sabe que admirar más; si la torpeza de métodos o la mezquinidad de propósitos. Se me eximirá de reiterar, por hartamente conocido, el proceso, realmente criminal, que concluyó con las civilizaciones chibcha e incaica, cuyas consecuencias sufren todavía en el continente varios millones de indígenas. En este aspecto, también debemos remontarnos hasta el Descubridor para hallar el símbolo que anun-

ciaba lo que vendría. En el primer viaje de Colón, habitaban la Hispaniola tres millones y medio de indios. Diez años más tarde, apenas se contaban treinta y cinco mil... Ninguna de las masacres de la guerra moderna arroja semejante proporción de exterminio. Luego, cuando Colón advierte que en las tierras descubiertas parecen abundar mucho más los hombres que el oro, sólo atina a concebir un plan de negrero: el régimen de esclavitud general para mayor gloria de la corona. La barbarie de la proporción resaltaba tanto entre las frases persuasivas del almirante, que la reina Isabel hubo de retroceder ante la responsabilidad religiosa que entendió le cabría de adoptarse semejante coerción colectiva. Quizás los indios tuvieran alma —punto éste que luego controvertirían los clérigos. ¿Si en vez de esclavizarlos, intentáramos atraerlos al cristianismo? Finalmente Isabel expide un dictamen evasivo “esto queda por agora suspendido en tanto venga otro de allá.”

Si las primeras fases de la conquista son simplemente aventuras de buscadores de tesoros, que para llegar a ellos han de volar edificios y destruir caminos, las subsiguientes del coloniaje re-

cuerdan sin esfuerzo los afanes del mercader y las complicaciones de la corte. Lo que jamás se encuentra es una política grande o una preocupación superior. Cuando la grandeza apunta, en el conquistador adopta forma de proyectos descabellados o de expediciones afiebradas que partían, atraídas sólo por la magia de un hombre, en busca de El Dorado o la Ciudad de los Césares. Ningún plan coherente ni siquiera de explotación o de seguridad mutua entre los diversos ejércitos. Este aspecto ha sido magistralmente descrito por Francisco Bauzá:²

La pasión del oro, al sobreexcitarles de manera crónica, les hizo olvidar toda noción de régimen en lo tocante a sus propias conveniencias, obligándoles a esparcir en el desierto poblaciones mal situadas, que podían considerarse más bien, campamentos fijos donde pasaban a recogerse en caso de contraste, que pueblos establecidos con el designio de asegurar la dominación de la tierra. Así fundaron Asunción para franquearse el camino del Perú, después Santa Fé para asegurar

² *Historia de la dominación española en el Uruguay.*

las comunicaciones de aquel lejano establecimiento, y más tarde repoblaron a Buenos Aires para atender la conservación de los dos. Por esta táctica fué debilitada contra los indígenas... Y si la enfermedad de la codicia les hizo inhábiles como militares, la violación de los preceptos de la táctica les volvió más ineptos como políticos y estadistas. Conociendo, por los resultados visibles, cuántas riquezas podía proporcionarles la feracidad de nuestro suelo, no intentaron utilizarle en otra cosa que en la cría de ganados, y esto mismo, después que estos ganados introducidos al país por efectos de la casualidad, se multiplicaron al acaso, sin que nadie cuidara de ellos. En las costas del mar y de los ríos donde podían asegurarse posesiones tranquilas y desahogadas, nada hicieron por sí mismos...

...Alvar Núñez cruza a pie desde Santa Catalina, hasta Asunción, preocupándose también de El Dorado, pero sin parar vistas en las tierras del Uruguay, que le daban la cabecera opuesta del Atlántico y la entrada necesaria del Plata. Cualquiera de estos dos Ade-

lantados que hubiera destinado 500 individuos, de entre los muchos miles que habían de hacer sucumbir, a poblar Maldonado, Montevideo o Colonia, habrían asegurado desde luego la conquista del Río de la Plata sin necesidad de derramar tanta sangre y tantos tesoros como los que esparcieron sobre la tierra inútilmente. Esta lección puede servir de ejemplo a los que mezclan su codicia personal en los negocios políticos; y también a los gobiernos que lo permiten.

Estas frases se refieren a la conquista del Río de la Plata, pero sin esfuerzo se las puede extender analógicamente a todo el proceso sudamericano. La cantidad de movimientos inútiles y de obstinaciones caprichosas llega a asombrar. La suplantación de órdenes de producción en pleno rendimiento por otros muy inferiores y totalmente inadecuados, que tan a menudo concluyeron en el hambre o en el exterminio, es asunto familiar para todos los estudiantes de historia americana.

Incluso se diría que durante ciertas épocas del coloniaje, América del Sur hubiera quedado en los reversos de la Historia. Durante un siglo y

medio el reloj marcha hacia atrás. Allá en los límites de la ecumene, el continente es una factoría excelentemente abastecida, de la cual es posible llevarse todo sin que nadie proteste. No se toman los productos o intereses del capital, sino el capital mismo, las fuentes mismas de la creación. Para aumentar la provisión de minerales, se agotan las enormes reservas de la riqueza agraria. El sistema entero de la agricultura incaica, que presuponía y exigía la existencia de la colectividad rural en todas sus fases, queda dislocado y roto para siempre. A la salud de la raza subsiguen la suciedad y las epidemias.

Entonces, para evitar el completo exterminio de los aborígenes, se concibe solamente una idea. Es también una idea que retrocede en los cursos del tiempo: la introducción de esclavos africanos para desempeñar los trabajos más pesados. ¡He aquí el primer plan de protección social en América! Para que no mueran los indios, deberán morir los negros... Propuesta primero por Las Casas, al parecer de buena fe, fué pronto aceptada. Y si algunas veces se la combatió, no fué por cierto debido a conmiseración hacia los esclavos africanos, sino porque se sostuvo que el estado na-

tural del indígena americano no podía ser otro que el de esclavo, ya que su corta inteligencia no le permitiría jamás condición mejor.

Con esta política se elaboraron lentamente dos de las condiciones básicas de la actual América: los “desiertos de hombres” y la conmixción de razas al azar, realizada en las condiciones menos favorables. Volvamos a repetir que en ningún momento se encuentra en ella el pensamiento del estadista, sino simplemente los cortos designios del burócrata y del traficante. El continente negado por Colón volvería a ser incomprendido cien veces por los Carlos, los Felipes y los Fernandos a través de las más regresivas medidas político-económicas. Entre *haberías*, alcabalas y monopolios, los productos europeos llegaban a multiplicar quinientas veces su valor al llegar a las provincias argentinas. Por cédula de Felipe II, todo el tráfico marítimo de las colonias debía realizarse exclusivamente por el puerto de Sevilla—privilegio más tarde transferido a Cádiz—, y se tuvo así el curioso y anacrónico espectáculo de un continente entero limitado a comerciar con un solo puerto en el mundo, precisamente en la época en que los holandeses levantaban la bandera del

“mare liberum” y en que la ecumene se dilataba hasta alcanzar por fin toda la redondez de la Tierra.

Y por momentos, el reloj volvía a marchar hacia atrás. Las Misiones Guaráníticas, que pese a sus claros motivos de proselitismo religioso, fueron la primera realización seria de un orden cultural europeo en un medio americano, recibieron un golpe mortal al promediar el siglo XVIII. Quien dió ese golpe no fué un enemigo, sino el propio rey de España, al parecer por compromisos de familia e ínfimos motivos de querrela religiosa. Y aquella grande y original República Indígena, que cubría territorios hoy pertenecientes al norte argentino, al Paraguay y al Brasil, declinó rápidamente hasta desaparecer, dejándonos sólo el testimonio de sus ruinas. Tal fué la suerte del único intento social llevado a cabo con hombres de América, en tiempos en que doctos y prelados discutían si era lícito o no someterlos a los vejámenes de la encomienda, la mita y la servidumbre. Una vez más, y con toda especificidad, la Historia volvió atrás sus cursos, por espontánea decisión del conquistador.

La negación de América se observa aún en los

terrenos más apartados de los intereses comerciales. Fijémonos en el escasísimo, casi nulo lugar que el Descubrimiento y la Conquista ocupan en la literatura de la época. Si se prescinde de *La Araucana* de Ercilla y de las consabidas odas, epigramas y páginas de valor circunstancial, puede incluso llegarse a la extraordinaria conclusión de que ni hazañas de Adelantados ni aventuras de virreyes dejaron huella alguna en las letras peninsulares. Cervantes, contemporáneo de Tupac-Amaru, jamás halló inspiración en esta parte del mundo. Lope de Vega, en cuyas obras aparecen a veces "indianos" tampoco encontró en las guerras de México, Perú o Chile episodios que hubieran sido tanto o más celebrados que los de "Fuente Ovejuna". El viaje de Magallanes, la muerte de Balboa o las exploraciones de Orellana no alcanzaron a encender la imaginación de trágicos y novelistas...

Sobre este panorama se desencadenó el proceso inmenso y vertiginoso de la independencia. Es sabido cómo la invasión napoleónica a la península brindó la oportunidad histórica con fecha que hoy nos resulta prematura. Tal vez el continente estuviera menos poblado que en tiempos del Inca.

Lo que se independizaba eran verdaderos "desiertos de hombres", aislados "todavía entre sí por uno de los más implacables sistemas orográficos que existían en el orbe. Las culturas indígenas no sólo ya no existían, sino que los indios habían sido erradicados de ellas de tal manera que era como si nunca hubieran existido. La cultura nuestra apenas se había formado en los planos pequeños de las costumbres ciudadanas, aunque sus aspectos verbales pretendieran mucho más. Así, los fantasmas entrevistados por Bolívar en sus últimos años —divisionismo y caudillismo— se hicieron presentes con toda puntualidad en aquellas inmensidades abandonadas donde las ciudades eran como islas.

Tal sería el origen histórico de otras de las condiciones básicas de la sociedad sudamericana, que lleva los signos de la inestabilidad, la discordia y el personalismo. La rapidez de nuestra última etapa histórica nos colocó ante una realidad con las manos vacías y multitud de proyectos a medio hacer. En ningún momento nuestros países tuvieron un plan orgánico de los que hoy se llamaría reconstrucción o recuperación. Hay que aguardar hasta la segunda década del siglo XX

para que recién aparezca en Perú un partido con orientaciones sociales coherentes y definidas respecto a la población indígena. Antes, el tema había servido tan sólo para hacer discursos y componer poemas.

Dícese que una vez Voltaire fué encontrado mientras derramaba lágrimas sobre un libro de Historia: "¡Ay, amigo mío, qué necios han sido los hombres y cuán inútilmente se han provocado los males más atroces!" Ingenuo juicio, pero que nos tememos que pudiera reiterar cualquier persona de mediana sensibilidad frente a un texto de Historia Americana. Después del proceso destructivo, irreparable, de la Conquista, tras los estancamientos, complicaciones y retrogradaciones del Coloniaje, nuestra historia se vuelve de pronto desmesurada, violenta, casi diría eruptiva. Pero ahí empieza a deprimir el ánimo del lector la asombrosa cantidad de daños inútiles que se autoinflingen nuestros países desde 1830. Las guerras civiles y las pendencias entre los nuevos países comienzan al día siguiente de haberse logrado la independencia.

Ninguna de estas convulsiones lleva el signo del progreso, de la acción definida hacia el logro de

un propósito social. El progreso es así corto entre el aparente dinamismo. Algunos índices demográficos permanecen estacionarios durante décadas enteras del siglo XIX, precisamente cuando Europa y Estados Unidos de Norteamérica duplican y triplican su capital humano. Comarcas donde cabría cómodamente. Francia siguen ajenas a los grandes procesos industrial, sanitario y educativo que atraviesan la época. Pudo describir Bartolomé Mitre el estado de una nación en esa época, que es aproximadamente el de todos los países sudamericanos de entonces, en los siguientes términos desoladores:

...una nación desquiciada; una revolución sin gobierno; una democracia embrionaria sin principios orgánicos; una razón pública sin nociones claras en política constitucional; una sociedad enervada por el dolor, sin formas tutelares del derecho individual, sin armas de trabajo, y la fuerza brutal de los mandones o de las masas inconscientes triunfantes por todas partes en la lucha fratricida.

...La relajación de los vínculos políticos y sociales y la debilidad orgánica del senti-

miento nacional; la enervación de la opinión por efectos de la anarquía y de la guerra civil; cacicazgos absolutos, encarnación de los instintos brutales de las multitudes, representantes del mayor número y refractarios a toda noción de derecho, eran otras tantas causas concurrentes que neutralizaban la influencia moral de los principios y paralizaba la acción uniforme y eficiente de un gobierno general.

Frases pronunciadas en 1880 a propósito de 1820, pero que en América del Sur tendrían actualidad por muchas otras fechas... Por si no fuese bastante, algunos países inician de vez en cuando contramarchas hacia el pasado, tal como antaño lo hicieron Reyes y Consejos de Indias. Así, en pleno siglo XX, pudo verse en Perú al dictador Leguía y al poeta Lugones proclamar un pomposo fascismo americano; en Venezuela, al tirano Juan Vicente Gómez imponer un programa de restricción y abolición de las industrias nacionales. Costaría creerlo, si el recuerdo no estuviese aún tan fresco. El país retrocedió económicamente hasta la época de antes de Colbert. En fin, en 1932, Bolivia y Paraguay, dos de los países

proporcionalmente más despoblados, inician un conflicto bélico que dura tres años por la posesión de los desiertos territorios del Chaco Boreal.

Pero estamos hablando de asunto bien conocido y no es necesaria mayor puntualización. Bastan estos rasgos para definir, en abreviadísima imagen, el proceso que nos llevó a constituir los Estados Desunidos del Sur a tan escasa distancia histórica de los Estados Unidos de Norteamérica. No hay más remedio que compulsar tan opuestos destinos. Dícese que el genial precursor argentino Bernardino Rivadavia, al leer por primera vez la famosa obra *De la democracia en América*, por Tocqu^eville, hubo de comentar: "Es necesario admitir que éramos unos ignorantes cuando ensayamos constituir la República en nuestro país". Mas no era ignorancia, sino simplemente los males propios de la improvisación los que aquejaban a aquellos gobiernos tempranos. Ni el clima, ni los grandes espacios vacíos, ni en fin, el hombre mismo, permitían afrontar las consecuencias de los inevitables errores del primer ensayo. Predominaba en las gentes un instinto de reivindicación fuerte, arbitrario y hasta caprichoso que —aunque resulte paradójal— sólo les hacía ex-

périmentar sentimientos gregarios cuando se trataba de oponerse a algo, de ir en contra de alguien. Así, para seguir una terminología clásica, sólo había *imitación* cuando se trataba de una *oposición*.

Es esa una de las tantas antinomias de nuestra historia continental. Los sudamericanos hemos llegado a crear las diferencias y los antagonismos antes que los motivos mismos de controversia o lucha social. Es muy larga la lista de las revoluciones sin ningún contenido. En la crónica de los motines, guerras y golpes de Estado se hace difícil hallar causas económicas, raciales, religiosas o ideológicas. Casi siempre es la pugna personal de Fulano contra Mengano, de los prohombres de un partido contra los de otro. En esa contienda personal se esfumó desde el primer día el gran sueño de Bolívar, como lo recordáramos antes. Y ya que hemos nombrado al Libertador, recordemos todavía, en relación con Estados Unidos, un hecho que resulta simbólico. El héroe de la independencia norteamericana fué seguidamente el primer Presidente de la nación. En cambio, los principales prohombres de la emancipación sudamericana murieron en el ostracismo: —San Martín, Bolívar, Artigas, Rivadavia— o

cayeron vilmente asesinados como Sucre. ¡No hay más remedio que compulsar destinos tan opuestos, porque nos están hablando todavía!

Sólo últimamente hemos tenido movimientos de auténtico contenido social. El progreso alcanzado por la Argentina, Brasil y mi propio país³ ha sido señalado ante el mundo entero. Pero la gravitación histórica no puede desconocerse, y la historia nos dice, entre tantos episodios similares, que en 1838, durante el auge de la expansión federalista en Estados Unidos de Norteamérica, las cinco repúblicas centroamericanas disolvían su confederación, sin ningún motivo verdaderamente económico o internacional que lo exigiese, sino como consecuencia de una rencilla personal. De tan diferentes causas de acción pública arrancan destinos tan opuestos.

³ Saliendo de la órbita sudamericana, debo aquí recordar a México, cuyos movimientos de reforma agraria y nacionalización del subsuelo tan notablemente se destacaron en el hemisferio.

II

MEDITACION GEOGRAFICA

“Una loca geografía” llamó a la de su país el escritor chileno Benjamín Subercasaux. Juicios similares han circulado por boca de otros sudamericanos al referirse a diversas zonas del Continente. Se han agotado los objetivos para calificar los acantilados tempestuosos y los ventisqueros del Sur, las selvas tropical y subtropical, los helados páramos andinos. Es ya de uso universal la designación de “infiernos verdes” aplicada a las ardientes zonas de vegetación amazónica y a las casi inaccesibles regiones situadas al oriente de los Andes en la parte central del triángulo continental.

El mayor problema de comunicaciones que existe actualmente en el mundo está planteado sobre los

Andes. La naturaleza apiñó todas sus dificultades entre las comarcas que hoy constituyen la Argentina, Chile, Bolivia, Ecuador, Perú y Colombia. Los Alpes suizos, por sus dimensiones, han llegado a constituir un motivo de atracción mundial; la técnica con que se han vencido los obstáculos de la montaña es uno de los más legítimos alicientes del turismo. La misma idea, aplicada a los Andes, haría reír. Aquí es una complicada constelación de montañas y mesetas que deja a países enteros al nivel de las nubes. No es posible pensar ningún proyecto —sea de vialidad, agricultura, comercio o educación— sin tener en cuenta principalmente la altura. Capitales y ciudades ubicadas a 3,000 y 4,000 metros de altura, a veces inmediatamente sobre valles o fosas de depresión, nos dicen que cualquier problema social es aquí, antes que nada, de orden telúrico. Los ferrocarriles más altos del mundo, sobre los 4,800 metros, circulan en Perú, y es posible sentir el mal de la montaña —vértigos y hemorragias— yendo sobre los rieles. El paso de la Argentina a Chile o a Bolivia exige también sus sacrificios al viajero. Al sobrevolar los Andes colombianos, los aviones a

menudo alcanzan la altura límite de las líneas comerciales.

Sólo dos países, los más pequeños, carecen del problema de la montaña: Paraguay y Uruguay. En el Brasil reaparece en forma de cordilleras serranas que corren junto a la costa. Para franquear el paso al interior han debido agotarse los recursos de ingeniería, contándose hasta con ferrocarriles con ruedas dentadas a cremallera. No obstante, aquí el problema reviste formas meramente comerciales y técnicas, y está lejos de adquirir el significado telúrico que ofrece primariamente en las repúblicas andinas. Mas la complicación telúrica reaparece en Brasil y en casi todos sus limítrofes en los extensísimos territorios selváticos, muchos de ellos mal conocidos o inexplorados, que ocupan la desmesurada cuenca amazónica. Muchas regiones son todavía —¡y en qué grado!— asunto de aventurero o de explorador; otras recién han desfilado ante el ojo humano desde el auge de la navegación aérea.

La selva de las vertientes del Amazonas, del Orinoco, del Paraná, del Magdalena, tienen ya su literatura propia; y no sólo su literatura, sino hasta su tradición literaria. Desde Eustacio Ri-

vera y Euclýdes Da Cunha hasta García Calderón, Rómulo Gallegos, Horacio Quiroga y Bertrand Flournoy, regiones y tipos humanos han sido descritos por formidables testigos oculares. Es así que, paradójicamente, esta región es una de las más "leídas" de América del Sur, siendo a la vez aquella en que la civilización occidental no ha podido llegar todavía a lo que ha hecho en grados ínfimos. Hay tribus que viven como antes de la conquista y tipos humanos ex civilizados, pero absolutamente segregados de toda norma social. Todo ello ha dado motivo a una vigorosa literatura; en cambio, la acción gubernativa y social está todavía por comenzar, salvo algunas calificadas excepciones, entre las que puede citarse la obra desarrollada en los territorios del noreste brasileño castigados por la sequía. En cambio, se ha señalado reiteradamente que en las regiones del caucho y del cacao —como en otras partes en las explotaciones mineras— se siguen arrastrando pésimas condiciones de vida.

Mas nuestra meditación geográfica no debe llevarnos a una descripción que para ser completa requeriría varios tomos y que después de todo, literaria o científicamente, ha sido bastante difun-

dida. Nadie puede alegar ignorancia al respecto. Todos saben que hay ciudades altas donde se necesita el voluminoso tórax del aymara para respirar sin dificultad y pueblos hundidos al nivel de las fiebres palúdicas. Se tiene idea de la aridez de los llanos rocosos y las pampas salitreras, donde el sol puede rodar cien veces sin marcar una sombra, ni la de un guijarro, y de la ponzoñosa humedad de los "infiernos verdes". La dificultosa imagen de la geografía sudamericana ha acabado por formarse íntegra, tras un esfuerzo de siglos. Hace mucho que Humboldt y Philippi midieron sus montañas y analizaron sus tierras; que Darwin y Bompland clasificaron sus especies; que Ritz y Stubbel escalaron sus volcanes; que Bouguer y La Condamine hicieron sus mediciones memorables. De ahí hasta nuestros días, en que la literatura y el periodismo han arreciado en la descripción de comarcas y razas, poco es lo que no ha sido señalado, denunciado, puesto en evidencia. Así, la realidad geofísica sudamericana, el peso de sus desmesurados caracteres y el juego de sus extremos climáticos, ha sido dada, si no directamente, por lo menos con una virtualidad elocuente, dramática, precisa y reiterada, en forma

que alcanza y sobra al hombre de la ciudad para formar opinión, esbozar proyectos y soñar con mejoras.

Con esa imagen a la vista podemos adelantarnos a la primera meditación. Se comprenderán inmediatamente las dificultades de una economía, una técnica, un sistema ideológico, un régimen social al estilo europeo, en medios físicos y climáticos tan opuestos a aquellos de donde proceden. No damos al factor clima y comarca preponderancia completa en el desarrollo de las formas sociales, pero sí le asignamos un papel de importancia. Y la cultura occidental ha nacido y prosperado en climas medios. Nuestras nociones de derecho y filosofía reclaman ambientes relativamente poblados, donde la naturaleza no constituya un obstáculo para las formas más fértiles de la convivencia humana. Y las regiones de esta clase son pocas en América del Sur; la cuenca del Río de la Plata, algunas zonas de Chile, de Colombia y Venezuela... Lo demás se lo disputan las alturas andinas, la selva, los llanos interminables, los ventisqueros.

Es difícil hacerse a la idea de que se está en Occidente cuando uno se halla en la vieja ciudad

de Cuzco. Los supuestos de la psicología inglesa, las leyes del salario y las normas familiares se esfuman en una navegación por el Alto Paraná. La misma idea de democracia se torna pálida, flotante y poco menos que incomprensible tras una jornada de cien kilómetros en la cual no se ha divisado una vivienda y apenas algún ser humano. La tradición, la famosa tradición que asienta tantos órdenes del vivir europeo, se evapora sin más en el trópico, y aún las simples costumbres cotidianas sufren forzosas aberraciones y adaptaciones. Hasta la religión ha debido abdicar de la inmutabilidad de sus dogmas y ritos, y es así que entre las masas indígenas de Perú y Bolivia se practica un catolicismo extrañamente mixturado de fórmulas paganas. El sistema métrico decimal, la moneda, el traje a la europea, son cosas desconocidas o que no pueden usarse en vastas regiones del continente.

Meditemos también ahora la geografía humana del continente. Ya hemos aludido a la despoblación característica de los estados sudamericanos; tan característica, que un día hizo escribir uno de los primeros sociólogos argentinos —Juan Bautista Alberdi— que “gobernar es poblar”. Concepto que

hubiera sido falso y simplista en cualquier otra región del mundo, pero que en América del Sur no lo era y sigue no siéndolo.

Nuestra población se calcula en menos de cien millones de habitantes; en noventa y cinco millones la fijan algunas estimaciones mientras que otras alcanzan a noventa y siete. Una buena parte de esta población está constituída por aborígenes o mestizos, cuyo número exacto es imposible determinar, debido a estadísticas imprecisas o —lo que es peor— vergonzantes, que lo disminuye intencionadamente. Ya en el siglo pasado, creyendo favorecer con ello la causa de la libertad recién adquirida, se fichaba en los censos como de raza blanca a todo individuo que supiese algo de idioma español.

Pero si el indio puede inconfesarse en los censos y estadísticas, imposible es evitar que se ofrezca como primer fenómeno al viajero en las repúblicas andinas. Es el espectáculo de una humanidad perdida, implacablemente segregada de las fuentes de su cultura, y que sin embargo continúa viviendo, y quizás esperando, que se repite desde el norte argentino hasta algunas regiones de Colombia. En cambio, en el Brasil, lo primero que

llama la atención es el fuerte contingente que representa la raza negra y sus mestizos. De ella proceden la inmensa mayoría de los braceros y trabajadores de los cultivos tropicales. Señalemos de paso que en Perú se encuentra un curioso tipo racial que proviene del cruzamiento de indígenas y chinos. Tal vez sea la única parte del mundo donde haya llegado a estabilizarse un tipo étnico por fusión de una raza americana con otra asiática.

Sea cual fuere el número exacto de indios, cholos y otros tipos mestizos, es evidente que en algunos países compone la mayoría de la población. Y que las leyes y organizaciones se han venido implantando como si tan enorme factor no existiese o no tuviese importancia. Aun desde un punto de vista utilitario, es una fuente de riqueza que se ha desdeñado torpemente. Es un agricultor de primera clase, quizás el primero del mundo por su paciencia, tenacidad y adaptación a la vida de las alturas, y sin embargo, en ocasiones un país como Bolivia debe importar la harina de trigo para el consumo. Es un magnífico tejedor y un buen orfebre que suele no tener más mercado que el de la curiosidad momentánea del turista.

El más tremendo error sobre el indio es de factura conceptual y arranca de vieja data. Consiste en que legislación, tratamiento y posibilidades han equiparado a los actuales representantes de las culturas precolombianas —aymaras, quechuas, etc.—, con los componentes de las tribus salvajes —goajiros, onas, mapuches, etc.—. Se dice simplemente “el indio americano” para designar a unos y a otros. Y entre ambos grupos median tantos siglos de historia como entre Europa y Africa. Los primeros son socialistas, colectivistas y proceden de una firme cultura, algunos de cuyos rasgos la asemejan a las de la Edad de Bronce en tanto que otros la superan netamente. Los segundos grupos son simplemente ahistóricos; cazadores y nómadas de la edad neolítica, que apenas llegan a constituir el más rudimentario de los agrupamientos sociales. No hay comparación posible con la metódica organización y el notable sentido gregario que caracteriza todavía al indígena del altiplano. Y sin embargo, es triste reiterarlo, si bien en los manuales y tratados la diferencia está bien explicada, en la práctica se les impone el mismo extrañamiento de las funciones sociales y de los primeros derechos de convivencia en el complejo

occidental. Completa ~~MATERIA~~ como hemos dicho, se ha deformado al formarse, por imperio de la adaptación geográfica ~~LIBRERO~~ ~~TABLA~~

Caracteriza asimismo a la geografía humana en Sud América el rotundo desnivel que se marca entre los habitantes de la ciudad y los de las zonas rurales. El viajero que llega a Buenos Aires, San Pablo o Santiago puede creerse en Europa, pero el interior de los países le hablará una lengua vernácula harto diferente. El analfabetismo, la desnutrición y la mortalidad infantil siguen ofreciendo índices que en Europa corresponden a doscientos años atrás. Una situación semejante sólo creemos puede hallarse en Oriente o en las regiones del Norte de Africa, es decir, allí donde las ciudades son residencia de fuertes núcleos europeos gobernantes en tanto que el interior permanece en sus formas indígenas.

Esta situación ha causado en oportunidades *estados de tensión* entre la ciudad y el campo. Larga y sangrienta fué en la Argentina la querrela entre las provincias y la capital federal; asimismo, en el Uruguay algunos movimientos revolucionarios del siglo pasado reclaman en última instancia el mismo significado. Es el conflicto entre la zona

litoral, oceánica, cosmopolita y proteica y el campo cerrado en sí mismo como una inmensa "reservation" celosa de usos, costumbres y fueros consuetudinarios. Es el choque entre la heterogénea suma de órdenes europeos que se yuxtapone sin más en las capitales y puertos de ultramar, y la retraída masa rural que le declara la guerra sin saber por qué, vislumbrando apenas un peligro o una culpa que no acierta a definir. Los caudillos triunfantes han podido vanagloriarse alternativamente de sus refinadas costumbres europeas y de sus típicos usos regionales... Mas felizmente todo esto pertenece ya al pasado. La contienda se ha sutilizado. Ahora se libra en los órdenes económico e intelectual. En el primero, reclamándose leyes que favorezcan más los intereses ganaderos y agrícolas; en el segundo, por dos tendencias bien marcadas en todos los países, una de las cuales reclama más cultura, más intercambio, más profesores extranjeros, en tanto que la otra levanta el lema de "nativismo", "volvamos a lo nuestro", "démonos el primer lugar". Falsísimo dilema. Y sin embargo, yo mismo he visto discutir seriamente, en oportunidad de tratarse un programa pedagógico, si convenía enseñar a los escolares

la música de los grandes maestros universales, o bien las sencillas y monótonas composiciones folklóricas.

* * *

Tales son los puntos previos históricos y geográficos que, aunque muy someramente apuntados, nos servirán para empezar a entendernos en la difícil materia sudamericana; difícil sobre todo para aquellos que formamos parte de la población del continente y en oportunidades hemos tenido la esperanza de un progreso, inmediato y general.

Alto porcentaje de territorios inadaptables a las formas de la civilización europea, la que sin embargo rige en las capitales y es la única posible para el desarrollo de las técnicas y las economías; despoblación y soledad de los medios rurales; presencia de masas indígenas excluidas de los beneficios de la misma sociedad que a la vez que los utiliza los rechaza; máximo desnivel de vida y cultura entre la ciudad y el campo... Consecuencias lejanas de los errores del Coloniaje y de la independencia. Del rápido proceso histórico que forzosamente nos llevó a la *improvisación* en materias donde no es posible improvisar. Y cuyas

huellas se notan no sólo en leyes y estructuras sociales sino además en actitudes psíquicas que resultan aún características del sudamericano, siempre aficionado a los golpes de azar, a la acción espontánea, a lo impremeditado. Bien pudo señalar Hermann Keyserling, pese a las largas exageraciones de su libro¹ el "santo horror a la previsión" que se observa en nuestros pueblos.

Cuando llegó la hora de constituirnos en continente aparte, no pudimos ser otra Europa ni crear una forma nueva de cultura. No alcanzamos a ser una copia del viejo continente ni a ser un mundo en realidad nuevo. Lo primero resultaba geográfica y antropológicamente imposible; lo segundo era demasiado para un continente semivacío, abandonado a sí mismo, desgarrado por luchas internas y personalismos tan arbitrarios como estériles. El boceto quedó suspendido e inconcluso apenas trazadas las primeras líneas.

Este particularísimo "no poder ser" una u otra de las dos alternativas formales es lo que dió origen a los curiosos y contradictorios caracteres del mundo sudamericano actual; quizás los más contradictorios que existan en el mundo moderno. Se

¹ *Meditaciones Sudamericanas.*

diría que hasta en su esencia, Sudamérica surgió como una gigantesca excepción al viejo principio lógico del medio excluído. Todo debe ser o no ser, nos dice ese principio, y Sudamérica parece todavía participar de ambos extremos ontológicos. Quiere ser el Nuevo Mundo y lo es por algunos de sus elementos; pero junto a ellos se observan anacronismos y vetusteces aterradores. Tiene razas y caracteres europeos; tiene razas y caracteres autóctonos. Pero el acuerdo y el acercamiento fructífero entre ambos continentes, su mutua adaptación hasta lograr la fusión biosocial que es la única génesis de una forma realmente nueva, nunca llegó a realizarse; hoy todavía no se ha producido ni se vislumbra siquiera que se haya de producir en el futuro próximo. La técnica y la economía tienen su camino; las masas del altiplano, los trabajadores del trópico y los habitantes de la llanura tienen el suyo, y no son convergentes. Las leyes, las constituciones y las actas de los congresos hablan un lenguaje; los "sertanejos", los "pongos", los "yerbateros", "guanaes" y "seringueiros" no lo entienden, ni podrían llegar nunca a un plano de vida en el que fuera posible siquiera una aproximación.

Por eso Sudamérica es actualmente la más prodigiosa mezcla de adelanto y barbarie; de avance político y de regresiones feudales; de democracia abierta y despotismos sin sentido; de cultura superior y de ignorancia colectiva al nivel del analfabetismo más craso. Por eso es un Continente de urbes europeas y desiertos asiáticos.

III

EL AMORFISMO SUDAMERICANO

Un hombre, por más que tenga vida y forma, está lejos de ser una forma viviente. Es necesario que además su forma sea vida y su vida forma.—
SCHILLER.

INADECUACIONES AL MEDIO.—Ya se miren las cosas desde el punto de vista biológico, ya desde el social, es axiomático que la vida, en sus procesos, va moldeando las formas correspondientes y adecuadas a cada una de sus etapas. Y es en la múltiple relación (acciones-reacciones) del proceso vital con el ambiente, donde se engendran esas últimas resultancias, estáticas unas y dinámicas otras, que se llaman formas y estilos, costumbres y modos.¹

¹ Desde luego, no es necesario ser vitalista para suscri-

Cuando nos acercamos a interrogar esta primaria relación en los pueblos sudamericanos, hallamos comprobaciones desoladoras. En su magnífico emporio geográfico, sobre las manifestaciones más opulentas de la naturaleza, nuestro continente adolece verdadera penuria de formas y estilos. Hay inmensos contingentes sociales completamente desprovistos de forma, caídos al nivel mínimo y precario de convivencia donde ya no hay estilo para entenderse con el semejante y comunicarse con la naturaleza, sino la fórmula dura y rapaz de la ley de necesidad; el mandato perentorio que exige seguir la vía del mínimo esfuerzo para poder seguir viviendo.

Hay costumbres y modos seguidos a regañadientes, sin que se sepa por qué se les acepta, ya que no tienen arraigo telúrico ni histórico. Existen estilos y expresiones postizas que perviven entre agregados e innovaciones no siempre afortu-

bir estos asertos. La conclusión será la misma si entendemos la vida mecanísticamente, como mera resultante de los fenómenos orgánicos; o si aceptando puntos de vista intermedios y neo-vitalistas, como v. gr. el de Reinke, llamamos a las fuerzas vitales "dominantes diafísicas que dirigen tendencialmente el devenir energético".

nadas. Hay formas que se van sin dejar huella sobre las generaciones siguientes; como si no hubiesen sido históricas, como si no hubiesen existido nunca... En fin; lo más grave de todo: veces hay en que aquella primaria relación vida-forma parece alterada y hasta subvertida. Porque se cuentan entre nosotros estilos y modos de vida que en sí mismos implican un desacuerdo original, una inadecuación; por eso la acompaña el zumbido de la perpetua protesta, el continuado intento de reivindicación de quien los soporta.

¿No es un hecho casi monstruoso el que entre el extenso muestrario de ruinas arqueológicas, no exista en el continente una arquitectura india? No se arguya "a limine" que las culturas indias han muerto, y por tanto sería imposible arrancar de allí impulsos creadores, porque hace tres siglos, los arquitectos religiosos —esto es, los menos indicados para aceptar los motivos ornamentales incaicos o guaraníes— supieron hacer brotar espléndidos anuncios de lo que hubiera sido un arte indoeuropeo... Pero no hay necesidad de ir tan lejos. ¿No es por igual deprimente que, dentro de las formas occidentales, no haya surgido un estilo propio del altiplano, de la llanura? No han

podido afrontarse de nuevo aquellas grandiosas perspectivas, aquel titanismo del accidente físico, que a su tiempo resolvieron admirablemente las culturas precolombianas. Y en fin, para seguir hablando en general ¿no resulta asimismo extraño que, de todos los trópicos, el de América sea el único que no ha inspirado nuevas formas y motivos propios?

Tratemos ahora de acercarnos un poco más a las inmensas cuestiones que acaban de plantearse, empezando por la primera y fundamental; por aquella que a fuer de grande y reiterada, concluye por resultar antinómica, inadmisibile casi. Me refiero al desacuerdo vital que tan a menudo se observa entre el hombre y el paisaje.

No sé si en alguna otra parte del mundo será posible ver razas tan deprimidas en medio de naturaleza tan espléndida; expresiones tan cohibidas, taciturnas y renunciantes en territorios tan superiormente dotados para el sustento. En amplias regiones de Ecuador y Perú donde el clima es de primavera perpetua, ninguna actitud humana subraya el hechó, y la gravedad, la tristeza y la miseria son las más salientes expresiones populares. En el subtrópico paraguayó, de lujuriosa

vegetación y abundantes medios de vida, la expresión es reservada y casi siempre severa; sus canciones folklóricas, las más melancólicas que puedan escucharse. La misma tristeza aparece en las formas artísticas del norte argentino; y eso que hay regiones tan espléndidamente dotadas como Tucumán, el "Jardín de la Cordillera". Se diría que en todo nuestro continente no existe una sola expresión de alegría pujante, de vitalidad desbordada y satisfecha de sí misma. Y de existir, será seguramente excepcional, porque todo nuestro folklore arrastra la tónica de una profunda tristeza. También —vale la pena subrayarlo— falta la nota de incitación hacia el futuro; el impulso de audacia; el deseo de conquistar lo lejano. Y esto, en una naturaleza que es casi siempre un convite al viaje, la aventura y la conquista.

El tema de la tristeza sudamericana es ya un tópico de la literatura universal. No hay viajero que haya dejado de insistir sobre él. Se le ha observado desde los ángulos más diversos, tanto en las metrópolis como en las campiñas; en los escenarios hoscos y brumosos del extremo austral del continente como en los valles templados de excelente vegetación. Debe reconocerse que, entre

las inevitables exageraciones y los ornamentos narrativos, el fondo es de una verdad indiscutible, subrayada por todas las manifestaciones del folklore. Aún al simple examen visual el aspecto de nuestras masas rurales es casi siempre la de personajes de un drama. Su refranero consagra la desesperanza y el fatalismo; sus dichos y reflexiones sobre la vida encierran toda una filosofía del pesimismo. Aún en sus celebrados arranques humorísticos se soslaya la amargura interior: "El cansao de vivir ¿ande se sienta?" replicará el gaucho a quien le acaba de ofrecer una silla. El conjunto de sus sentencias parecería más propio de viejos escépticos chinos o hindúes, esto es, de individuos que viven la última fase de una cultura decaída, que de hombres inmediatamente rodeados por una naturaleza semivirgen. Y ésta es la tónica que se repite desde los parajes desolados hasta regiones que, como Córdoba, son de maravilloso atractivo turístico.

Según el testimonio general de viajeros capacitados para hacer la comparación, el contraste de nuestra gente de campo con el campesino europeo —a similitud de condiciones— no puede ser más completo. También este fenómeno se ha ve-

nido señalando desde Leroy-Beaulieu hasta Keyserling, y ya sabemos cuán exageradas y metafísicas conclusiones sacó el filósofo balta a propósito de "la gana" y "el orden emocional" de los sudamericanos. Pero el hecho inmediato es que ni aún en sus festejos nuestros trabajadores rurales saben darse esa rotunda alegría de la vida que se posee a sí misma por un instante, que tan típicamente desborda, entre las duras faenas, en las celebraciones de los campesinos italianos o españoles. Siempre hay reticencias y sombras en sus más animadas reuniones. Las fiestas del europeo son casi siempre una *realización*, un alcanzar elementos comunicativos y euforias colectivas a través de formas rituales; las sudamericanas son más bien una *evasión*. Hasta es curioso señalar el destino papel asignado popularmente a los agentes báquicos: el europeo dirá que bebe para alegrarse, el criollo, para olvidar.

Estas primarias observaciones nos informan bastante acerca del desencuentro existente entre el sudamericano y el paisaje donde nace y vive. No obstante, señalemos todavía algo más. Ya al pasar de los párrafos habíamos hecho alusión a otro importante desacuerdo vital en este sentido: el que

se refiere a las incitaciones y estímulos que siempre ha hallado el hombre en los grandes espectáculos naturales. Así, la proximidad de las costas marinas u oceánicas, o de los grandes ríos, acaba por impulsar a las gentes a la acción y a la aventura. Enciende sobre todo claros deseos de trascendencia geográfica o regional; de sobrepasar límites, estados y situaciones. Una marina aventurera señala siempre el comienzo de las civilizaciones; un afán ultramontano advierte siempre la presencia de una cultura germinal. Así salieron a la descubierta fenicios y griegos, latinos y cartagineses, normandos, ingleses y norteamericanos.

Y bien, aún esta superior influencia de los medios naturales parece entre nosotros atenuada o disuelta. Desde hace más de un siglo, nuestras poblaciones aspiran antes a recogerse que a expandirse. Los "bandeirantes" brasileños sellaron la última grande aventura de pioneros que se registra en el continente. En los interiores inmensos, sobre los grandes brazos fluviales y hasta en los litorales oceánicos, el conformismo, la rutina y la apatía prevalecen contra el espíritu de expedición y trascendencia. El impulso migratorio, el afán

de intercambio, el deseo de encontrar lo desconocido, resultan excepcionales.

* * *

La explicación a estos fundamentales desencuentros del hombre con la naturaleza bien puede ensayarse por las vías étnica e histórica. No es difícil pensar que en muchas regiones se han sumado el "sentimiento trágico" del español con la hosca gravedad del indio para hacer surgir, con caracteres colectivos, la tristeza, la apatía y el conformismo. Es una explicación que se ha brindado muchas veces; además, desde los tiempos de Buckle y Le Bon, se acostumbró completarla con la descripción de una especie de aplastamiento que produciría sobre las razas mestizas, el gigantismo desmesurado de una naturaleza demasiado adversa. Pero como este complemento es fruto de la fantasía de escritores informados muy lírica y poco precisamente, los citamos sólo a título recordatorio.

Proceden de una época en que los sociólogos parecen afanarse en proyectar sobre América la tremenda sospecha de decadencia que ya empezaba a circular respecto al viejo continente. Así,

Chamberlain diría que las razas de América son producto de una especie de incesto cultural del cual no puede esperarse más que degeneración.

Ahora bien, las explicaciones de carácter étnico sólo satisfacen a medias. Para que fueran sociológicamente completas tendría que haber ocurrido la fusión biológica de nuestras razas y haberse estabilizado el tipo resultante. Tal cosa está lejos de haber sucedido y no hay señales de que vaya a ocurrir próximamente. No es cuestión de confundir fenómenos regionales con procesos continentales. Si bien en algunos lugares se han estabilizado tipos de cruce (cholos, mulatos, zambos, mestizos de portugués e indio guaraní, de español y araucano, "cafusos" o mestizos de india y negro, etc., etc.), en otras inmensas colectividades se deslindan, a ojos vistas los tres grandes lotes europeos, autóctono y africano.

A fines del siglo pasado pudo escribir Vacher de Lapouge que el Brasil es una inmensa nación negra que retorna a la barbarie. Veinticinco años más tarde Waldo Frank, impresionado por el contingente numérico, llegó a sus líricas conclusiones sobre el cósmico porvenir del mestizo sudamericano. Pero estas teorizaciones no están autorizadas

por ningún proceso verdaderamente continental. Son inaplicables en Chile, Argentina, Uruguay y las repúblicas andinas. Respecto al Perú, por ejemplo, escuchemos la palabra de Mariátegui:

Se constata, casi uniformemente, desde hace tiempo, que somos una nacionalidad en formación. Se percibe ahora, precisando ese concepto, la subsistencia de una dualidad de raza y espíritu. En todo caso se conviene, unánimemente, en que no hemos alcanzado un grado elemental siquiera de fusión de los elementos reales que conviven en nuestro suelo y que componen nuestra población.

... La presencia de tres millones de hombres de raza autóctona en el panorama mental de un pueblo de cinco millones, no debe sorprender a nadie en una época en que este pueblo siente la necesidad de encontrar el equilibrio que hasta ahora le ha faltado en su historia.²

Igualmente, las causales étnicas resultarían inaplicables en el Uruguay, donde no existen razas

² *Nativismo e indigenismo* por JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI, 1927.

autóctonas ni contingentes indios de ninguna clase, y donde la ascendencia de ese origen es tan escasa y dispersa, que socialmente se la considera nula. Y sin embargo, en el Uruguay se observa el mismo desencuentro entre el hombre y el paisaje. La naturaleza, de una placentera medianía, no ofrece ninguno de los accidentes gigantescos que caracterizan el resto de la topografía continental. A la más alta de las sierras puede subir un niño. No existe ninguna región donde por cualquier factor telúrico resulte penosa o difícil la vida. Las ondulaciones del terreno libran los puntos de vista de la monotonía. Todos los contornos parecen trazados a la medida humana. Hay uniformidad de población y de suelo y gran facilidad de comunicaciones. Podríamos deducir, siguiendo la escuela de Buckle, la existencia de un pueblo unido y optimista. Sin embargo no es así; nuestro pueblo está lejos de responder a las características estimulantes de su campiña. El campesino es triste, conservador, poco afecto a iniciativas. Es regionalista, tanto como pudiera serlo si viviera en parajes aislados por barreras naturales. Le faltan la curiosidad por lo nuevo

CARACTERES SUDAMERICANOS **BIBLIOTECA 65**

y esa fe en sí mismo que en otros pueblos ha obrado milagros de transformación; antes desconfía y duda de su suerte y su porvenir. Y estos caracteres, que se encuentran en el campesino sea cual fuere su posición económico-social, son los que aproximadamente se hallarán en el habitante de las regiones pampeanas argentinas o en el sufrido "sertanejo" brasileño.

Si ensayamos ahora la explicación por el lado histórico, tropezaremos igualmente con motivos que satisfacen a medias, o bien que en unos casos pueden aplicarse y en otros no. Veámoslo.

Nos diremos, por ejemplo, que el campesino andaluz o escocés, el hombre pirenaico, el pescador bretón o el pastor siciliano, que representan otras tantas afirmaciones vitales a los caracteres de las comarcas en que viven, han llegado a esa realización a través de largas generaciones; mientras que en América todavía no ha transcurrido tiempo suficiente para que se cumpla un proceso análogo. Esta comparación es válida; la falta de tiempo histórico sería una causal en parte concurrente a la explicación; pero sólo en parte. Nos dice el porqué de la penuria o endeblez de for-

mas y estilos; pero no cómo son posibles la tristeza y el retraimiento en medio de una naturaleza bien provista, entre paisajes que parecen la alegoría de la fuerza vital.

La requisa histórica puede seguramente prolongarse en otros largos radios con resultado medianamente buenos. Y ha de tenerse presente que ningún elemento social puede existir sin historia o antecedentes. Así todos los puntos que reseñamos en los capítulos "Memento histórico" y "Meditación geográfica" resultan concurrentes para responder a este debilitamiento de formas y desencuentros vitales que hemos comenzado a bosquejar como principal carácter sudamericano. Todo rasgo social ha sido esculpido por un amplísimo cruce de potencias activas o estáticas, próximas o lejanas, cíclicas o irruptivas. Así, pues tratemos de conservar, lo más íntegramente posible, la imagen étnica, geográfica e histórica de Sudamérica que tan brevemente hemos evocado, en el momento de lanzarnos a ahondar la investigación de un factor que nos ha resultado específico, y a través del cual veremos mejor la presencia y obra de los demás factores.

En el momento de abordar la descripción del amorfismo sudamericano que es resultado y efecto de esas complejas causales histórico-geográficas he de preguntarme si no sería precisamente este carácter negativo el que cooperaría a su vez como causa de esa dislocación entre el hombre y el paisaje, que por ninguna de las sendas usuales es posible aclarar satisfactoriamente. Porque, repitámoslo, ni la escuela étnica, ni la histórica, ni la económica podrían explicarnos cómo surge la apatía en ambientes de incitaciones dinámicas; la tristeza y el enclaustramiento psíquico entre el generoso paganismo de las formas naturales; el quietismo frente a los ríos y al mar; y todo ello genéricamente en hombres de las más diversas razas y de todas las condiciones económicas y sociales.

Ante tan interesante pista prefiero —aún a riesgo de alterar el orden tradicional del ensayo— anticipar la interpretación de los hechos desde ese punto de vista —para proseguir después con la descripción propiamente dicha de este carácter, según se refleja en los planos de las diversas actividades sociales.

POR QUÉ EL AMORFISMO GENERA FUNDAMENTALES DESENCUENTROS DEL HOMBRE CON EL MEDIO.—Escuchemos un momento a Jorge Simmel:³

“En cuanto la vida, sobrepasando lo puramente animal, ha progresado hasta el grado del espíritu, y éste por su parte, hasta el de la cultura, se manifiesta en la vida un contraste, cuyo desarrollo, resultado y nuevas manifestaciones condicionan todo el camino de la cultura. Pues es evidente que hablamos de cultura cuando el movimiento creador de la vida ha producido ciertas formaciones en las cuales encuentra su exteriorización, las formas en que se realiza; formas que, por su parte, aceptan en sí las ondas de la vida venidera dándoles contenido y forma, lugar y orden. Así ocurre en las constituciones sociales y las obras de arte; las religiones y los conocimientos científicos, las técnicas y las leyes civiles, y con muchas otras cosas.

...Si la vida, hecha espíritu, crea continuamente formaciones que contienen una con-

³ *El conflicto de la cultura moderna*, párrafos primeros de planteo.

clusión en sí mismas y una pretensión de duración —y hasta de duración infinita— se las puede señalar como las formas con las cuales se viste esta vida, como el modo sin el cual no puede tomar apariencia ni puede ser vida espiritual.

Pero ésta continúa siempre su curso; en cada nuevo contenido, en el que la vida se crea una nueva forma de existencia, su ritmo inquieto entra en contradicción... En un tiempo más o menos breve, las fuerzas de la vida roen toda formación de cultura ya surgida; cuando ésta ha llegado a su pleno despliegue ya empieza la próxima (destinada a sustituirla después de una lucha más o menos larga), a formarse a sus expensas.

Hay en estos párrafos (respecto a cuya orientación vitalista me remito a la nota de la pág. 20) una última síntesis del proceso de creación, resistencia, destrucción y renovación de formas que caracteriza la marcha de una cultura. Dicho proceso se libra siempre de una forma a otra. El ciego impulso vital jamás podrá intervenir directamente, a menos que se trate de una mera des-

trucción. "Aunque en sí carece de forma, sólo como algo formado puede llegar a ser un fenómeno" apunta Simmel más adelante. Fijémonos, sobre todo, en la profunda afirmación en que concluye el párrafo citado más arriba: cuando una forma ha llegado a su completo desarrollo, ya empieza la próxima, que ha de sustituirla, a formarse a sus expensas. La analogía con el proceso del embrión biológico, que sólo puede formarse a expensas de un organismo adulto, no puede ser más satisfactoria.

Las formas, a la vez que limitan, sostienen y dirigen el impulso vivo y, lo que es más, le sirven de punto de apoyo. Los estilos, organismos y estructuras —que tan superficialmente se han juzgado sólo en su aspecto de rémora— son los que aseguran la producción del "continuum" vital y lo canalizan, dando así origen a la evolución. El juego es dual: potencia y resistencia; impulso renovador y formas establecidas que lo aguardan con su inmensa reserva de inercia, pero que aquél a su vez aprovechará como asidero.

De ahí el conocido fenómeno histórico por el cual las renovaciones más profundas acontecen en los órdenes más prolijamente constituídos; nunca

en los medios nuevos recién librados a una cultura. Así, el budhismo brota de la secular armazón del brahmanismo; el cristianismo, de la rígida ortodoxia hebraica; la Reforma, de un catolicismo definitivamente organizado; la Revolución de un orden monárquico-burgués cuyas postreras cristalizaciones fueron nada menos que la enciclopedia y la economía nacionalista. En cambio, observemos que cuando la civilización europea llega a América y se derrama en ella sin conflicto propio no se produce ninguna nueva forma de cultura que haga honor a la magnitud del Descubrimiento. Ocurre simplemente un trasplante de formas europeas, que se adaptan o deforman según las particulares regiones del continente, sin ninguna rivalidad que estorbe su expansión, sin ninguna resistencia que las obligue a reelaborarse desde adentro. Por eso, la forma sudamericana propiamente dicha aún no existe.

De dicho fenómeno histórico se infiere fácilmente la antítesis: mal puede haber renovaciones, procesos definidos, orientados y creadores allí donde las formas son débiles, inadecuadas o borrosas. Y ésta es desgraciadamente nuestra situación. Nuestras formas, estilos y modos no ofrecen la sufi-

ciente resistencia al impulso vital. Nuestras amplias lagunas lo dejan dispersarse, sin retenerlo pasivamente para acusar su huella y dar con ello ocasión al esfuerzo subsiguiente.

En este plano comienza a dibujarse la etiología de ese drama del hombre sudamericano. Carente de esas formaciones que a la vez que limitan, organizan el esfuerzo, que dan antecedentes y sucesión, sus energías psíquicas se dispersan sin alcanzar objetivos, o bien concluyen por introvertirse estérilmente. Además, en nuestros medios indiferenciados y abiertos los objetivos válidos pueden ser tantos, que distraen y dividen atención y esfuerzo. Salvo en algunos aspectos económicos, no hay en las formas sociales una indiscutible categoría que obligue a preferir. ¿Qué término señalar primero, si a veces falta hasta la perspectiva y todos los objetos aparecen en un mismo primer plano? Consúltense los debates parlamentarios por ejemplo y se verá cómo todos los problemas —educativos, sanitarios, agrícolas, industriales, monetarios, internacionales, etc., etc.— son “primarios” y “fundamentales”.

Así, la variedad de nuestros temarios intelectuales y sociales es poco menos que fabulosa. No

hay dirección cultural, sociológica, artística, que no haya sido aconsejada y seguida un trecho. Se oye hablar de unificaciones y descentralizaciones; de tradición y de olvido del pasado; de maquinismo y de artesanía; de expansión y recogimiento; de humanismo y de especialización... Y dentro de estas direcciones, los motivos resultan tan efímeros como múltiples. Los propósitos inmediatos se encienden, chisporrotean y se apagan sin más; luego se encienden otros. No hay proceso de forma a forma (esto es, reforma) sino mera suplantación. Por eso el catálogo de proyectos abandonados es entre nosotros de una inmensidad deprimente. ¡Repáselos, quien se sienta con fuerzas para ello, en cualquier esfera cultural, gubernativa, internacional!

Esto es lo que suele quitar al sudamericano el sentido de su esfuerzo. Imaginemos a mil hombres cavando bajo la dirección y los planes de un ingeniero; al cabo de cierto tiempo la suma del trabajo se convertirá en una obra determinada. Si en cambio suponemos a los mismos hombres cavando aquí y allá a su arbitrio, el esfuerzo no se acumula y habrán empleado la misma cantidad de energía sin llevar a cabo ninguna de las mil

obras proyectadas, aunque todas tuviesen el mismo grado de factibilidad que la primera.

En el orden individual inmediato, nuestro hombre resulta un *incomunicado*. Le faltan las formas, verdaderos órganos de relación del espíritu, disciplina y administración de la energía psíquica. Ya se ha dicho que a nuestra gente de campo le falta el consumado estilo de que el europeo dispone para darse a la faena, la fiesta, la solemnidad, el meteoro, el acontecimiento familiar. Al cabo del tiempo esos estilos se transforman en un verdadero lenguaje de la comunidad.

Tales son las profundas causas que colocan al sudamericano en actitud vencida y cavilosa frente a la naturaleza espléndida e incitante. Cuando no hay sensación de trabajo acumulativo y los actos de la vida se suceden sin el signo imperioso de un sentido que los trascienda ¡qué importa el paisaje! La vida empalidece y aún se disgrega en la discontinuidad del esfuerzo. El pensamiento se enclaustra; concluye por rotar meramente sobre sí mismo, enervándose más y más. Cuando se ve burlado el primordial y poderoso instinto de utilidad y provecho; cuando no aparece la sensación de obra realizada como premio a la faena

¿quien sentirá alegría en el trabajo y aún en el descanso? Por eso se encuentran, en medio del paisaje admirable, esas "almas que, sin estar muertas, tampoco viven", como escribí una vez al tratar este mismo tema. Es la suya una tragedia donde no ocurre nada; es decir, la peor de las tragedias en una vida humana.

El tema entero de la tristeza sudamericana encaja en estas causales. *Porque las formas y el estilo, al definirnos en un sentido, nos liberan del peso de la totalidad.* Esto es lo que no han querido ver quienes celebran nuestras "amplitudes" territoriales y culturales. Si no poseemos una acentuada modalidad que nos limite en un sentido, erraremos por un campo abierto e inmenso, sin meta ni objetivo. Una carretera nos limita; pero nos brinda una dirección e imprime un sentido a la marcha. Es esta la lección que tenemos que aprender humildemente.

En el orden espiritual, la libertad del sudamericano consiste frecuentemente en un no saber qué hacer; tanto da un acto como otro; tanto esta dirección como aquella. La indefinida amplitud es el peso que abrumba al pensador bajo la forma de problemas de cultura; al hombre de campo,

con la presencia entera del cosmos a cada instante, sin ninguna de las viejas liturgias y estilos heredados que permitan el acercamiento sucesivo, la comprensión en un sentido determinado, el descubrir coincidente con el de los demás individuos. Todo está allí a la vez, cercano e inmenso, desde el primer día.

A este último respecto, vale la pena señalar que el más tremendo error de Rousseau consiste en no haber comprendido este papel de las formas civilizadas en nuestra relación con la naturaleza. Son muy pocos los hombres capaces de conversar directamente con ella; la mayoría necesita la mediación y los estímulos de la forma. Al oponer el hombre natural al hombre social, Rousseau olvidó no sólo esa fundamental función, sino otra de orden práctico: solo gracias a una bien diferenciada estructura cultural le era posible vagar libremente por los senderos del bosque o la montaña, despreocupado en absoluto de las faenas propias de esos medios rurales. Aún más: sin la organización y división del trabajo propias de una sociedad civilizada, no hay vocaciones posibles; el "hombre natural" estaría perpetuamente ocupado en cosechar sus cereales, cazar sus presas, preparar sus

platos, confeccionar sus vestimentas, cuidar su vivienda, y atender, en fin, a las mil necesidades relacionadas con su conservación, su seguridad, su prole, etc. etc. En esta situación jamás podría gozar ni por un instante la naturaleza como espectáculo ⁴ el conjunto de las tareas esclavizaría en tal forma, que hubiese ocultado a los ojos de Rousseau la belleza de los prados más cerradamente que las murallas de Ginebra o París.

Así creo haber dejado aclarada la causa del desencuentro entre el hombre y el medio sudamericano. Carecemos de formas suficientemente vigorosas y conexas que orienten y disciplinen nuestras fuerzas; que nos limiten fecundamente en un sentido frente a la totalidad de lo existente. Esta se nos da toda a la vez, imperiosa y apremiante, arrojándonos de un solo golpe la montaña de sus problemas. No es rara entonces la acción desordenada y discontinua, el querer acudir a todas partes y finalmente no estar en ninguna. El sentido del esfuerzo y la alegría de la faena coordinada y productiva se pierden muy pronto. Y ello acon-

⁴ He tratado el tema, con intención ontológica, en mi obra *Los encuentros de Andrés*, Editorial Independencia, Montevideo, 1947.

tece tanto en los grandes órdenes nacionales y sociales como en las pequeñas empresas de radio individual. "Todo está por hacer" exclamará el reformador de un país al ocupar el sillón presidencial. La misma frase repetirá un ministro al hacerse cargo de una cartera; el nuevo director de un establecimiento; el reciente jefe de una reparación... *Y aún cuando se exagere, la realidad cae aquí sobre la sensación, intrínseca al actuar sudamericano, de que todo está por hacer, de que aún no hemos comenzado...* Es algo que habrán experimentado cien veces quienes hayan arrimado su esfuerzo a alguna obra común. Incluso ésta parece de pronto despedazarse, saltar hacia atrás y, en fin, desvanecerse tras desvíos y complicaciones inesperadas. Y es que les falta el formidable apoyo formal, ordinal, jerárquico, que es condición indispensable de una civilización tan compleja y urgida como la occidental. Por eso, tantas veces, las proclamas de gobernantes y reformadores se asemejan a capítulos de Jeremías; a inventarios al revés donde se catalogan desesperadamente todas las grandes y pequeñas cosas de que carecemos. Es un efecto de la perspectiva agobiadora de la totalidad.

ALGUNAS PUNTUALIZACIONES: CULTURA, FOLKLORE, FAMILIA, Y RELACIÓN SEXUAL.—En el correr del precedente parágrafo han quedado descriptos, en términos generales, los caracteres del amorfismo que atribuímos a la cultura sudamericana. Son necesarias ahora algunas puntualizaciones y referencias concretas para concluir el diseño y facilitar su verificación.

Aún después de las tremendas alteraciones de la II Guerra Mundial,⁵ la gran impresión del sudamericano que llega a Europa és siempre la del orden, la forma, la categoría. Todo está meticulosamente organizado, clasificado, ubicado. Desde las universidades a los hoteles, los órdenes se corresponden con un mínimo de interferencias. No se encuentran sorpresas ni “mesalliances” en las categorías sociales: un tendero es siempre un tendero y un filólogo, un filólogo. El vivir y el convivir describen órbitas previstas. Y —muy importante— en todo este orden armonioso se ha reservado discretamente una cuota a lo imprevis-

⁵ Difícil es imaginar hoy la impresión que produciría al sudamericano la Europa anterior a 1914. Los libros de nuestros viajeros son parcos en esta confesión, quizá por temor de parecer “provincianos” o “bárbaros”.



INVESTIGACIONES
SOCIALES

to, lo extemporáneo y lo extravagante. ¡Después de todo, el Universo ofrece también, entre la rojería sideral, sus cometas caprichosos y sus satélites que giran a la inversa! Pero aún este desorden da por supuesto el orden general. Por eso en Europa una digresión o un "violín de Ingres" se hacen exactamente a ese título; mientras que entre nosotros quien se aventure en el camino de las digresiones corre el riesgo de no volver a la vía principal y termine el economista metido a dramaturgo y el médico a cantor de tangos.

La impresión que subsigue es que dentro de tan apretada organización no nos sentimos confinados ni prisioneros, sino que, al contrario, podemos movernos con más presteza y eficacia. Un claro sentido funcional facilita el uso de los elementos sociales. Hasta las instituciones están instrumentalizadas a la mayor gloria del hombre. El esfuerzo, orientado y coordinado, rinde un tanto por ciento superior. Ya se trate de elegir un libro, instalar una granja o combinar un itinerario, siempre la acción será facilitada por la adecuación de los medios.

Es posible elegir, preferir, alcanzar soluciones en radios más cortos que aquí. Se cae entonces en

la cuenta de que ^{la} libertad y amplitud son un poco las de Robinson, las del gitano o el trotamundos. Aparecen ^{libres} y viven a su antojo, sin atarse a ninguna norma; pero cuando intentan franquear su género de vida se encuentran sitiados por límites insalvables. La libertad es, entre otras cosas, un don de preferir y escoger entre diversos órdenes y soluciones. Y Robinson no puede elegir.

Desde el punto de vista cultural —que enfocaremos primero— podrá argüirse a priori que nuestra heterogeneidad nos hace ganar en un sentido lo que perdemos en otro; por ejemplo, es sabido que la visión inglesa o francesa del orbe cultural es bastante más restringida y nacionalista que la nuestra, y aún adolece de defectos de información respecto a lo extranjero. Cierto, en estos aspectos llevamos ventaja; pero no nos ilusionemos con nuestra multiplicidad cultural si es que hemos de juzgar al árbol por sus frutos. Nuestra visión es amplia, pero desmadejada; para conectarla debidamente tendríamos que arribar a un conjunto universal y enciclopédico que es humanamente imposible. La vida y el pensamiento sólo

pueden prosperar limitándose a esferas proporcionales a sus fuerzas, como he indicado y reiterado antes. "Limitarse armoniosamente, aún sabiéndose universal", que dijera Goethe.

Nosotros hemos avanzado en todos los frentes y a menudo dejamos al vacío a nuestras espaldas. Pretendemos abarcar la totalidad de las manifestaciones culturales en momentos en que no hemos logrado acertar con las propias nuestras. Pero desde luego, no hay tal abarcamiento, sino versatilidad; ir y venir de un sistema a otro; incapacidad de fijar e incorporar uno y hasta si se quiere de explotarlo en beneficio de la educación, la estética o el derecho. Son formas de cultura que no llegan a cuajar y fluctúan de un centro a otro hasta que una nueva moda se las lleva.

Recuérdese lo sucedido con algunas de las principales escuelas de pensamiento de este siglo. A la intuición bergsoniana llegó a asignársele incluso un papel mesiánico en la evolución del continente ("América, el continente de la intuición" y cosas por el estilo) que hubiera horrorizado al ilustre pensador francés. En seguida, nuestras inconsistentes formas fueron atravesadas de parte a parte por la irrupción del vitalismo y el irraciona-

lismo —o por lo que entendió de ellos, pues estos sistemas sólo pueden captarse en ambiente largamente disciplinados y abastecidos. Al ponerse de moda entre nosotros ocasionaron una serie tal de malentendidos, que difícilmente llegarán a disiparse por mucho tiempo. Se llegó a entender que la razón ya no contaba y que los métodos de investigación se asemejaban más bien a rémoras y prejuicios. Hasta la palabra “intelectual” cobró un giro despectivo. Recuerdo que en Chile la empleó en ese sentido un historiador respetado, Francisco Encina, tras pretender arribar a una interpretación de la historia por procedimientos intuitivos e irracionistas. Keyserling proclamó en una conferencia que el estado de América del Sur correspondía al de culturas extinguidas hace treinta mil años, y muchas personas se sintieron confortadas con el extraordinario diagnóstico que de un solo golpe justificaba faltas, errores y despreocupaciones.

Pero ¿fué este un proceso en la vida sudamericana o por lo menos río platense? De ningún modo. Fué una fase más del acontecer arbitrario y discontinuo. En la Universidad de Tucumán un núcleo juvenil levantó la bandera del neokantismo,

con tan acendrado fervor, que tal vez sobrepasó al de los propios pontífices de la Escuela de Marburgo. No ser neokantiano era simplemente señal de atraso o ignorancia. ¡Y esto, en un medio que nunca había sido kantista! Fenómenos similares se registraron posteriormente en las Universidades de La Plata y de Buenos Aires según aparecieron la fenomenología, el existencialismo, etc. Estuvo de moda Martín Heidegger como puede estarlo un actor o una cantante. Mientras, pensemos que en algunas localidades del sur del Brasil se practica todavía el culto positivista en capillas erigidas según las prescripciones de Augusto Comte, y que muy cerca de ellas negros y mestizos se reúnen para las prácticas secretas de "candombe"...

No puedo dejar esta somera imagen sin recordar la suerte corrida por las ideas de Freud. Cuando el psicoanálisis y demás teorías cobraron suficiente volumen para llegar hasta nosotros traducidas y editadas en grande, ya el sistema entero había sido corregido y expurgado de las inevitables exageraciones de primer momento. Pero lo que llegó a nosotros fué sin embargo aquella pri-

mera demasía del descubridor que todo lo ve a través de su único prisma.

Esta visión exclusivista, casi fanática, era empeño formidable; encerraba años de experiencia especializada y se expresaba con aquella dialéctica de pugilista a que Freud había arribado tras las incomprendiones y los sarcasmos. Así rebotó literalmente de un extremo a otro de nuestro ambiente sin que ninguna estructura adecuada pudiese resistirla, ubicarla, contrabalancearla. No hubo un cuerpo de especialistas que orientase aquella novedosa corriente y le asignase su papel en el acervo del conocimiento psicológico, y sobre todo, que así se lo explicara al público estudioso. En Europa estos procesos se producen automáticamente; entre nosotros, evidentemente, algunas conferencias aisladas y artículos sueltos no bastaron a impedir que se produjese el daño de que hablaremos inmediatamente.

Las obras que reducirían el psicoanálisis y las teorías de Freud a sus justas proporciones llegaron a América algunos años después. Mientras se produjo el más lastimoso espectáculo de confusión de valores. Donde Freud, encontraba las causas de las psicopatías, la gente creía ver la inexis-

tencia de la moral, la desaparición de los ideales y la mentira de los sentimientos. Fué como si una epidemia atacase los valores humanos más indispensables. No era, ciertamente, el Freud paciente y genial de la clínica neurológica el que circulaba entre los deslumbrados lectores, sino más bien el Freud prepotente y agresivo de las interpretaciones histórica, religiosa y social, a veces tan mal documentado; y también el Freud de las pesquisas de palabras, actos y costumbres corrientes, a veces tan avieso, tan ferozmente empeñado en llegar a la conclusión previamente establecida.

Todo ello se complicó todavía en los suburbios de la cultura; en las zonas de información verbal, gacetillera y pretensiosa. A las premisas del psiquiatra vienés se sumaron las chabacanerías de los resentidos, los incapaces y los vengativos. Estuvo de moda admitir una desvalorización a fondo de la criatura humana. Si en Sudamérica pudiese constituirse un proceso de esta especie, hubiésemos llegado —si se me permite el neologismo— a una *antropoclastia*. Pero todo esto desapareció un día para dejar lugar a otras curiosidades. Anotemos, no obstante, que más recientemente contamos en

el Uruguay con el significativo caso de una joven estudiante que se suicidó tras la lectura de Freud. Son fácilmente imaginables los motivos que impulsaron esta dolorosa réplica al "Werther". Sin duda esta joven curiosa e indefensa ante los demolidores capítulos —como a su tiempo lo estuvo todo nuestro ambiente— se encontró de golpe con que ya no existían el amor, la belleza, los sentimientos filiales; en fin, todo lo que ennoblece la vida. Su lugar lo ocupaban unos sombríos reflejos libidinosos. Entonces no valía la pena vivir... Este episodio, aunque aislado, resulta todo un símbolo de la inconsistencia de las formas sudamericanas, de la particular forma en que son sorprendidas y resquebrajadas sus defensas aún por un agente tan poco directo como lo es el libro.

Fáltan entre nosotros los superiores tribunales en quienes confiar; los calificadores veteranos, seguros de sí mismos y de su saber, que dirigen y orientan; que evitan enormes pérdidas de tiempo y duplicación de esfuerzos. Son estas largas sedimentaciones de cultura que no se pueden improvisar, pese a los empeños oficiales y a la superposición de institutos y cometidos. Nuestra cultura, si se me permite la comparación, ha llega-

do a instituir tumultuosas cámaras legislativas, pero no ha podido organizar todavía su Poder Ejecutivo. O por lo menos, éste es derrocado con la misma velocidad con que lo son los presidentes de algunas repúblicas. . . Las universidades mismas no han podido asumir ese papel. Son capaces de formar, en casi todos los países, profesionales que compiten sin desmedro con los de Europa o Estados Unidos en cualquier rama del Derecho, la Medicina o la Arquitectura; pero en cuanto a recría cultural, a la misión humana y humanística, que es primordial, anterior y superior a todas las otras, el panorama varía. La Universidad —no es cuestión de ilusionarse con algunos cursos o ciclos de conferencias— no ha podido afrontar al hombre sudamericano, a sus problemas, a sus inmensos dramas sociales, a su desesperante conflicto espiritual. Estos temas son tratados por escritores aislados o pequeños círculos intelectuales autónomos. La Universidad los esquiva.

Yo no sé cuántos artículos habré leído sobre el problema del escritor y la tragedia del artista en Sudamérica; si la memoria me es fiel, deben pasar fácilmente del centenar. Su fondo común es el del aislamiento del pensador y su desco-

nexión con el medio. Su error común es el reclamo de protección oficial al ejercicio de la literatura o las artes. Porque si estas cosas se pueden imponer como un arancel aduanero, ni hay tal drama específico de escritores y artistas, sino que es sencillamente el drama de todo sudamericano, agricultor o filósofo, estudiante o bracero. Le faltan formas, jerarquías y categorías en que apoyarse. Debe afrontar la totalidad de los problemas en el ambiente indisciplinado. Muy frecuentemente sus gestos y palabras van a dar inmediatamente al vacío —pese a la difusión— por falta de una resistencia adecuada que las recoja y las devuelva contra su autor, dando lugar así al fecundo ciclo social de la oposición. Y ésta es una de las sociedades más espantosas en América: la falta de antagonismo intelectual, la ausencia de lucha literaria y filosófica.

Si salimos de la zona de los personalismos estériles o de los sectores que responden a determinada tendencia política o religiosa, encontramos que entre nosotros no hay rivalidad de escuelas artísticas, literarias o filosóficas. Todas se yuxtaponen y conviven en turbia simultaneidad y a todas aguarda el mismo silencio por respuesta.

Con la sola excepción de Buenos Aires, no hay en nuestro continente un medio donde se polemice debidamente acerca de novedades o pasatiempos; todo estará "más o menos bien" o "bastante bien". Ni siquiera se observa —y parecerá que exagero— el tradicional duelo entre la generación joven y la madura; ni aún tan decisiva y fecunda controversia biológica ha podido articularse en dos formas sociales bien definidas. Por el contrario, ambos sectores se esfuman y confunden en contornos equívocos. Un núcleo juvenil que sale a la palestra no encuentra a quién dirigir sus tiros; el adversario no está tipificado, sino que sus rasgos se hallan dispersos entre varios sectores. Tampoco sabe con quién solidarizarse; a veces las nuevas vienen por el conducto opuesto al que se había sospechado.

De ahí el característico desaliento y la negatividad en que suele caer el intelectual sudamericano al promediar su vida. No hay formas adecuadas contra las cuales emplear las energías. El único medio de crear ambientes favorables y adversos es entregarse a la política. La gran cantidad de intelectuales que terminan su carrera en la política nos hablan de la necesidad casi bio-

lógica de emplear el talento y las fuerzas por alguien y contra alguien. Y está presente también, desde luego, aquella otra necesidad instintiva de que el trabajo —sea intelectual o físico— resulte al cabo del tiempo acumulativo, como señalamos en el párrafo precedente.

Desde el punto de vista sociológico, hay ahora una importante observación que formular respecto a las tendencias artísticas del continente. Me refiero a la afanosa boga que en los últimos veinte años han cobrado los temas nativistas y folklóricos. Todos los países han registrado importantes movimientos oficiales y particulares en este sentido. Se han fundado institutos de culto y conservación de elementos folklóricos, y centros de buscadores de nuevos u olvidados motivos. Cualquier nota o noticia en este sentido es bien acogida por los grandes diarios y las editoras importantes. Hay tendencias y corrientes artísticas que tratan de expresarse exclusivamente con elementos autóctonos. En la Argentina se implantó una ley que obliga a las transmisoras radiotelefónicas a irradiar diariamente un alto porcentaje de composiciones musicales nativistas.

Como síntoma, todo esto resulta muy claro.

Sudamérica a ido a buscar allí lo que tanto le falta; forma y estilo. Porque debe anotarse que toda esta búsqueda y preocupación por lo folklórico no se hace a título histórico y evocativo simplemente, sino que también se trata de hallar un orden vivo que pueda constituir la expresión nacional, *y sobre todo, el punto de referencia para deslindar los valores propios de los extranjeros.* Grandes palabras, grandes intentos socio-filosóficos anuncian desde años el propósito: Eurindia, Indoamérica, Amerindia... Ya hemos expresado antes las razones étnicas por las cuales esta solución no puede convencer. Agreguemos que el indio carece actualmente de capacidad artística para crear aún dentro de sus propios temas; se limita a evocar y reiterar los elementos plásticos y musicales que han podido ser conservados. Para que una nación americana pudiera participar de ese viejo orden, tendría que arrojar el presente al pasado; encadenar lo vivo a un recuerdo harto doloroso.

Mas no es éste el problema que aquí más importa. La cuestión es ¿por qué Sudamérica se ha lanzado tan afanosamente sobre el tema indígena? Ya lo adelantamos: atraída por la magia

de una forma netamente definida, arraigada, acorde con la tierra y el clima. Inmensa réplica hubiera sido ésta al panorama de las formas pasajeras y confusas; amplia revancha de las generaciones que se sucedieron sin poseer una escuela o un estilo propios, que con tanta inconsistencia acusaron el paso de todas las corrientes europeas, aún viviendo en un medio diametralmente opuesto al que las engendrara. Por aquí se exaltaron el romanticismo y el "mal del siglo" en momentos en que la realidad clamaba por pioneros, realizadores y artistas de la aventura, la acción y el descubrimiento; se supo del naturalismo frente a medios rurales o indígenas que hubieran dado a Mr. Zola mil lecciones sobre la materia; se siguieron las normas de la "nueva sensibilidad" de post-guerra por gentes que jamás habían sufrido los horrores, las decepciones y los desequilibrios familiares y sexuales de cuatro años de guerra; y últimamente cundió la boga de imitar a los periodistas norteamericanos metidos a novelistas, llámense Dreiser, dos Passos, o Fulkner, sin que se conozca en el ambiente una sola exigencia que justifique el remedar la modalidad rápida y tru-

culenta de los "best-sellers" que deben llegar al tiraje de medio millón o considerarse fracasados. Ciertamente, el hallazgo de una forma indoamericana hubiera brindado un sostén entre tanto desconcierto. Por eso se ha buscado una y otra vez en el curso de las generaciones; por eso el intento ha tomado esta vez contornos oficiales. Empeño muy respetable si se quiere, pero forzosamente condenado a permanecer dentro de límites muy estrechos. No ha podido tener repercusión social por el extrañamiento en que vive el indio, cuyos motivos se copian en la pintura o en la cerámica, sí, pero a quien no se brinda la oportunidad de desarrollarlos por su cuenta. Sólo podría hablarse de un arte indoamericano si se ofreciesen al indio medios de cultura y elementos técnicos hoy día indispensables para cualquier creación de cierto volumen. Y aún así, esas manifestaciones serían solamente de orden regional. No creemos que nunca puedan llegar a imperar en las urbes del automóvil, el periódico y la orquesta sinfónica; en los puertos de ultramar; en las zonas agrarias que, como las del Plata, están habitadas exclusivamente por descendientes de españoles e italianos; en las zonas costeras o

interiores del Brasil donde suele predominar al 90% la sangre africana o afroamericana o donde existen grandes colectividades de origen germánico.

Nuestra última puntualización en este párrafo se referirá al orden familiar y las relaciones sexuales. A simple vista, las cosas han variado radicalmente en este campo, apreciándose un desplazamiento incesante de estructuras y modalidades que comienza a fines de la Primera Guerra Mundial y se agudiza aproximadamente desde 1930. Se trata, indiscutiblemente, de un proceso que afecta a todo el mundo occidental, en cuyo complejo de causas se destacan la depresión de postguerra y la efervescencia instintiva que en Estados Unidos constituyó la "década de locura" (1920-1930).

El asunto es de por sí tan inmenso que es preciso dar por supuesta la descripción y entrar directamente a las comprobaciones que aquí nos atañen. Encontramos, para empezar, que el fenómeno es causado en Europa y en Estados Unidos por causales intrínsecas al orden mismo familiar y social, mientras que entre nosotros responde casi siempre a una mecánica de imitación. Se pro-

paga desde afuera como una moda en el vestir o una corriente literaria, sin responder a causas propias. Ya al hablar de arte señalamos el contrasentido de que entre nosotros se reprodujesen las muestras de desesperación, histerismo y hasta esquizofrenia expuestas por personas que habían sufrido el desgaste nervioso de cuatro años de guerra. En el orden familiar y sexual caben idénticas observaciones. El enorme enriquecimiento de los Estados Unidos después de la guerra, el ansia de vivir rápidamente que caracteriza a ese pueblo, etc., etc., son motivos que explican fácilmente el desquiciamiento de la estructura familiar y la animalización de las relaciones sexuales, ya que se sacrifican todos los valores íntimos a la rapidez y variedad de las relaciones.

¿Por qué se produce entre nosotros esa tendencia ⁶ si no existen las causas sociales e individuales que las motivan? Por imitación; por influencia recibida principalmente de Estados Unidos y en grado menor de Europa. Ahora bien; una cul-

⁶ Las presentes reflexiones sobre el orden familiar se refieren solamente al Río de la Plata. Carezco de información suficiente respecto a las demás zonas sudamericanas.

MATERIA
LIBRERO
TABLA

tura absorbe elementos de otra cuando ésta es más profunda, más arraigada, más representativa de un sentir colectivo que así alcanza la culminación de una forma perfectamente acabada; generalmente cuando aquellos elementos provienen de un país más fuerte o más rico. Es el caso, mil veces citado, de la influencia helénica sobre la civilización romana. ¿Será éste el secreto de la imitación de formas de vida estadounidense en Sudamérica? Evidentemente, no; estamos casi en las antípodas de un proceso semejante. Lo que ha circulado entre nosotros sin estorbo y ha acabado por contagiarse —dada la endeblez de nuestras propias formas— es la versión fácil y acomodaticia de la relación sexual, llevada al plano del oportunismo, del mero impulso, sin exigencia de grandes sentimientos, sin el concurso de valores psíquicos ni comprensivos acercamientos previos. En Estados Unidos no hay “tiempo” para estas cosas; los cónyuges o los novios necesitan entera su libertad para dedicarse a sus muchas tareas, ocupaciones, esparcimientos y viajes. Lo que ha influido sobre nosotros no es, pues, una forma de cultura, sino una muestra de primitivismo complicada con una indiscutible incomprensión y degradación

de las relaciones sexuales y las jerarquías familiares.

Esta influencia no sobrevino directamente, sino a través del cine. Este la llevó a todos los ambientes con la fascinación propia de la alta técnica. Esta es una evidencia que no necesita tests ni verificaciones metódicas; pertenece al orden de las comprobaciones generales y cotidianas. Y está dentro de lo posible que un contacto social directo —conquista bélica, intromisión de grandes núcleos migratorios— no hubiera surtido tales efectos, sino más bien podría haber ocasionado repulsa y actitud defensiva. Pero en vez de la brusca y completa revelación de un estado de cosas que para las razas latinas es subversivo y hasta repugnante, tuvimos la influencia lenta, tenaz y desgastadora del cine; el progresivo proceso de familiarización que en un lapso prolongado resulta simplemente irresistible. A ello debe sumarse la innegable sugestión que sobre la psique ejerce la imagen mecanizada y concentrada del arte cinematográfico. El brillante acabado, la pompa y la suntuosidad que reviste su técnica maravillosa concluirían por hacer vacilar al entendimiento mejor preparado. Es en virtud de la pro-

digiosa organización de sus detalles que el cine ha podido arrojar el interior humano a la plaza pública; es merced a sus ángulos seleccionados por especialistas que logró mostrar con lente de aumento los más sagrados instantes de la vida y hacer exhibiciones de lo íntimo que no resultaron demasiado penosas o repelentes.

Apenas habrá necesidad de agregar que la reiteración de estas escenas conduce a una iconoclastia sin distinciones; a una desvalorización de intimidades y emociones que jamás pueden ser objeto de vulgarización sin que se desvanezcan en su misma esencia. El reiterado manoseo del tema conyugal en el teatro francés ocasionó en su época efectos parecidos; más ellos quedaron circunscritos a un área social y cultural mucho más pequeña, por razones obvias. En cambio, el cine ha influido sobre todos los sectores y clases sociales sin distinción. Con calculada facilidad ha presentado, bajo aspectos corrientes, banales y hasta festivos, el espectáculo de la más grande abdicación que se conozca actualmente en materia de valores sexuales y familiares. Ningún grupo social en el mundo entero está en condiciones de

resistir semejante influencia ejercida continuamente.

Indudablemente la forma y el estilo de vida familiar eran los mejores constituídos en el panorama de confusión e inconsistencia de los modos sudamericanos. Su estructura, de clara ascendencia patriarcal, daba por supuesta una larga permanencia de los hijos con los padres; así, la patria potestad alcanza entre nosotros a 25 años para el varón y a 30 años —la mitad de la vida según promedio estadístico— para la mujer. Pese a ello cedió a las influencias perturbadoras con relativa facilidad. Las fórmulas estadounidenses, extrañas y disonantes, han concluido por aclimatarse y hasta injertarse, ocasionando resultados monstruosos. Indudablemente América del Sur es el continente que ha pagado tributo más caro a la influencia del cine. Limitado todavía a las clases altas, a los grupos profesionales y estudiantiles, es evidente que el proceso de disolución familiar y desvalorización de las relaciones sexuales está en marcha entre nosotros, y sus consecuencias se aprecian año a año en las estadísticas de divorcio, natalidad, delincuencia, etc.

Pero, se podrá redarguir, ¿no se tratará de una

manifestación de progreso social que surge con las inevitables dificultades y choques con el orden establecido? ¿No será la familia una forma social anticuada que el mundo debe sobrepasar a cualquier precio? ¿No se estará operando el cambio de una estructura por otra mejor adaptada a las exigencias de la época?

Contestamos rotundamente que no. El orden que estamos copiando de Estados Unidos supone inadecuaciones respecto a la vida sudamericana que resultan grotescas. Veamos dos casos en que se opone específicamente a 1º) tendencias o instintos; 2º) condiciones sociales bien establecidas que continúan rigiendo en contradicción.

En el primer caso tenemos que para el sudamericano —como para el italiano, el español, el árabe— la relación sexual y conyugal es cosa muy seria; tanto que constituye uno de los ejes de su vida psíquica. Y hay anexas a ella fundamentales nociones de honor, de decoro, de afirmación de valores propios, que forman casi un consuetudinario código social. Lo atestigua, entre otras cosas, el alto porcentaje de crímenes y suicidios por esa causa. ¿Cómo es posible que a este concepto instintivo del amor y la posesión conyugal se

superponga el estilo norteamericano, donde el matrimonio es tantas veces una comedia o una fórmula confortable para vivir en compañía, sin ningún sentido de mutua pertenencia entre los cónyuges? ¿Cómo es igualmente posible que el fuerte instinto de dominio sexual venga a expresarse en las envilecidas modalidades del amor-pasatiempo o del amor-descarga fisiológica? Sin embargo, así está sucediendo. El resultado de estas contradicciones son la resignación cínica —observable ya en las zonas cultas del Río de la Plata— o el resentimiento profundo, con todo su cortejo de estados anímicos que lindan con las psicopatías.

En el segundo caso nos referiremos a la rebelión juvenil contra los padres; a la fórmula de completa liberación en la vida privada apenas concluída la adolescencia. Esta forma es adecuada en Estados Unidos, donde los jóvenes se emancipan temprana y completamente, corriendo los riesgos y responsabilidades de vivir por su cuenta a veces en lugares muy alejados del hogar paterno. En cambio, entre nosotros se la practica por jóvenes que continúan arraigados largos años al hogar paterno, compartiendo sus comodidades y aceptando la completa o parcial dependencia económica de

sus progenitores. Como forma de vida aceptada en desacuerdo o antagonismo con una situación social bien definida, no puede, pues, pedirse ejemplo más completo.

Hay además fundamentales elementos sociológicos que recordar frente a este proceso de abandono del patrón familiar, que el sudamericano parece haber aceptado sin noción de sus consecuencias. En primer término, ese proceso no lleva consigo ningún principio o sentido que lo sustente o lo vivifique. No es constructivo, sino de renuncia. No muestra la marca de nuevos valores que habrían de sustituir a los actuales, sino que claramente resulta una crisis de desgano, irritación e incomprensión.

Los fundamentos biosociales del orden familiar son todavía inexpugnables. Una de las versiones más notables que recuerdo acerca de la necesidad de una estructura familiar firme y continuada pertenece al investigador holandés Bolk. Hizo notar el enorme tiempo que, en relación a las demás especies, demora el hombre en llegar a la adultez. A los dos años, es decir, cuando el niño está todavía ensayando sus piernas, la mayoría de los mamíferos se encuentra en condicio-

nes de reproducirse. El caballo y el perro son viejos cuando el hombre recién franquea la pubertad. Aún las grandes especies longevas, como el elefante, cumplen su período de crecimiento en tiempos harto más breves que el humano.

Y bien, este extraordinario lapso, único en el mundo natural, que requiere el ser humano para alcanzar la adultez, es el que exige la presencia de un vínculo estable entre dos generaciones, que es la familia. Ninguna otra organización puede brindar, durante un tiempo tan largo, la asistencia necesaria al niño y al adolescente, según los diversos y difíciles períodos que deben completar hasta su desarrollo. Quien abrigue alguna duda al respecto, hará bien en visitar un asilo u orfanato, así sea el más moderno del país más adelantado del mundo.

Los fundamentos psicosociales son igualmente claros. Desde Aristóteles se acepta que el hombre es un ser social, vale decir, que se complementa a sí mismo en sus relaciones con los demás. La primera de estas complementaciones, y la más delicada, es la que proporciona el orden familiar; es la que realmente le hace ser más él mismo. Por eso los países donde el hombre es más individua-

lista, más diferenciado y menos gregario son aquellos donde, como en España e Italia, la familia es precisamente más fuerte.

La formación emocional e instintiva del ser humano se verifica dentro de la esfera familiar casi exclusivamente. Así, muchas rarezas de carácter en el adulto y hasta verdaderas psicopatías, tienen su origen en las páginas de una niñez desventurada. Con la continuidad y organización de sus experiencias, la familia es el único sistema que puede proporcionar un desarrollo equilibrado de emociones e instintos. Estas son fuerzas que para desarrollarse necesitan medios bien resguardados y protegidos. Es en la intimidad familiar, que los hace sentirse seguros, donde pueden desplegarse sin sufrir los desvíos, las decepciones y los "refoulements" que tanto trabajo dan luego al psiquiatra.

Y la forma norteamericana de vida es precisamente la que nos demuestra que el hombre desposeído de esa intimidad difícilmente alcanza el desarrollo equilibrado de sus emociones e instintos.⁷ Son muchas las experiencias previas que le

⁷ Véase *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. X, No. 1. *El informe Kinsey y la crisis de la familia* de C. ZIMMERMAN.

faltan. Frecuentemente llega a perder su propia capacidad de sentir íntimamente; sustituye el sentimiento por la sensación superficial. Su propia vida interior, su soledad, constituyen para él motivo de mortal aburrimiento, del cual debe escapar al precio de cualquier trabajo, diversión, extravagancia o "locura".

¿Qué podemos esperar de un hombre incapaz de soportarse a sí mismo? Hará del trabajo un culto, porque lo distrae; de la diversión un fetiche; del amor un intercambio de sensaciones... Y más siempre un "infeliz". Es el caso tantas veces descrito en la novela norteamericana del hombre que ha matado en sí cuanto hace estimable y valedera la vida. Casi no es un hombre. Aunque sea benévolo y humanitario, no está ligado a nadie, y, lo que es peor, aunque quisiera ligarse no podría, porque carece de intimidad y entonces no puede entablar relación con ningún otro ser humano.

Dondequiera que el hombre abdica de su capacidad íntima de sentir se observa un inmediato empobrecimiento de la aptitud de vivir. La desvalorización sexual y la decadencia de la familia aparejan siempre una característica ineptitud para

resolver los conflictos personales y dar jerarquía a los valores de intimidad. De ahí el aspecto, tan dramático o tan cómico según se le mire, de la vida amorosa y la relación conyugal en los Estados Unidos.

RESUMEN DE LA TESIS EXPUESTA EN ESTE CAPÍTULO.—1) Las formas de vida sudamericana aún no han podido constituirse en órdenes estables y definidos.

2) Están vigentes en Sudamérica formas que no corresponden a los caracteres psicológicos colectivos y que aún están en abierto antagonismo con ellos. Esta antinomia responde a procesos imitativos que se siguen para llenar el vacío de la propia acción formal, ya que la nuestra es incipiente, dispersa, inconexa y no acumulable en el orden colectivo o social.

3) Igualmente, la falta de formas y estilos conexos y vigorosos ha ocasionado un fundamental desencuentro del hombre con el medio físico, clima y paisaje. La "tristeza sudamericana" reclama el mismo origen; falta de medios adecuados para expresarse, definirse y entablar relación fecunda con el mundo social y natural.

4) La técnica moderna, que permite influir decisivamente a distancia por medio de la imagen y la literatura, ha causado en Sudamérica efectos imitativos más importantes que en cualquier otra parte del mundo. Del balance de tales influencias hemos destacado sólo las que corresponden a las alteraciones del orden familiar y sexual. Un estudio completo de la cuestión sólo puede abordarse por un instituto especializado.

5) Debe rechazarse la cómoda idea de que Sudamérica goza de polimorfismo cultural y aun de una verdadera polimatía, como se ha osado sostener tantas veces en el campo literario y diplomático. Esas fases corresponden al ocaso de una civilización, a la hartura de formas reiteradamente recibidas y seleccionadas (Bizancio, Alejandría, Roma hacia el siglo III). En América del Sur hay solamente yuxtaposición y fermento de formas diversas y desencontradas; no se trata de un orden, sino de un desorden de modos y estilos implantados circunstancialmente, y por tanto variables sin ningún proceso de auténtica renovación.

6) Más enérgicamente aún debe rechazarse, por ser peligroso además de falso, el concepto de que

estamos por encima de los órdenes y formalismos occidentales; que hemos trascendido la estructura europea y ganado una libertad mayor. Para trascender un estado es preciso haberlo alcanzado previamente. No es el nuestro un proceso de liberación de las formas europeas, puesto que nunca las hemos vivido. No debe confundirse la libertad del desierto o la de un medio apenas poblado con la organizada libertad al estilo suizo, inglés o francés.

7) En el mismo orden recordemos que la fragilidad o ausencia de normas y jerarquías —esas tan profundamente delineadas en Europa— suele dar a nuestros ambientes la perspectiva de una fácil y desmesurada amplitud donde cualquier elemento o valor pueden circular sin estorbo. A este género de amplitud es preciso oponer fundamentales reparos. Ciertamente, su perspectiva es grata; pero cuando llega el momento de actuar, de realizar una obra social, se convierte en un peso inmenso. Por falta de mediaciones, organismos y estructuras adecuadas, el reformador se ve obligado a la tremenda hazaña de Atlas. Tiene que levantar, sin eufemismos, todo un mundo sobre sus hombros. Es un hecho que se repite des-

de los grandes a los pequeños sectores; ya se trate de la nación entera, del departamento de Agricultura o de un laboratorio cualquiera. "Fué preciso crearlo todo..." Es la frase que más a menudo se leerá en informes, mensajes, anales. Aunque se exagere, queda patentizado el sentimiento, tan coincidente en los hombres de Sudamérica, de que estamos recién al comienzo, en el prólogo, en los tanteos previos. Toda manifestación de la vida orgánica —aunque sea tautológico decirlo— se expresa por leyes, normas, jerarquías. Ningún organismo social puede escapar a esta regla. Sudamérica tuvo que improvisar o imitar las suyas, y todavía continúa sus ensayos. Pero el orden de sus formas es lacunario, confuso, versátil en ocasiones inadecuado.

Por eso, volviendo sobre la frase de Schiller estampada al comienzo del capítulo, diremos, como resumen general, que nuestra forma está lejos de ser vida y nuestra vida de haberse convertido en forma. Tal es, en última instancia, el "drama del sudamericano".

IV

POLITICA

Cincuenta años de educación habrían transformado la raza indígena. FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.—Todavía hoy, 75 años después de escritas estas palabras del jurista sociológico, siguen siendo simplemente un ideal.—JOSÉ L. BUSTAMANTE Y RIVERO (Presidente del Perú en 1945).

DOS PROCESOS.—El siglo pasado ofrece en Sudamérica dos caras ásperamente diferenciadas: la grandeza de la lucha contra el dominio español y la miseria de la política apenas lograda la independencia. El primer período es una epopeya de caracteres quizá únicos en la historia moderna. En el segundo parecería caer bruscamente un telón

sobre tanta gloria, sacrificio y ascetismo patriótico. En algunas naciones el paso a la libertad es como un salto al vacío. En otras los próceres desaparecen del escenario y dejan lugar a los especuladores del poder, los caudillos sanguinarios o los déspotas empecinados.

América tiene por fin el destino en sus manos. Y lo dilapida miserablemente. Es un largo período de nuestra historia que nadie puede leer sin vergüenza ni horror. Los errores del coloniaje previven y se exacerbaban. El aislamiento, la violencia y el absolutismo hacen de América una constelación de pequeños caos que no alcanza a disimular la letra de las flamantes constituciones. La expoliación de las masas indígenas prosigue bajo las disputas burocráticas o los altercados de los generales.

La Argentina retrocede de Rivadavia a Rosas, quien va a perpetuarse en casi veinte años de dictadura, bajo consignas de encierro cultural, gauchismo, omnipotencia personal. Se cultiva una autoctonía antiextranjera *sui-generis*, que hace exclamar, a la vista de unos reproductores ovinos de pedigree traídos de Inglaterra para mejorar por cruza las majadas: "¡Mueran los carneros

extranjeros sarnosos!" El maravilloso emporio forestal paraguayo cae bajo el dominio absoluto del doctor Francia. ¡Extraña ironía la de ese apellido! Francia encierra al Paraguay no sólo cultural y civilmente, sino que hasta prohíbe el comercio exterior. Las exportaciones de yerba-mate y madera, fundamentales para la economía nacional, son suprimidas por simple arbitrio del dictador. Se prohíbe o limita al máximo toda migración. Bien puede atribuirse al doctor Francia el triste honor de haber instalado el primer régimen completamente autárquico que se conozca en los tiempos modernos, con los pavorosos resultados que eran de aguardarse. Al cabo de pocos años, el empobrecimiento de la nación es tal, que el dictador se ve obligado a suprimir la mayor parte de los cargos civiles; todas las escuelas y todos los grados de oficial en el ejército. Los batallones son comandados por sargentos y cabos, que, naturalmente, reciben la paga de tales. Los presos, no teniendo comida, son autorizados a mendigarla públicamente, acompañados de sus guardianes, etc., etc. Esta situación se produce por mero capricho personal de un hipocondríaco, en momentos en que

hubiera bastado un mínimo de organización en el comercio fluvial para enriquecer al país.

Las repúblicas de Chile, Perú y Bolivia, apenas constituidas, sufren la guerra, el motín, la dictadura, o la presidencia despótica. Establecida tempranamente la confederación peruano-boliviana —que parecía indicar irían las cosas por un buen camino federativo y bolivariano— ocasiona casi en seguida un conflicto bélico con la república chilena. No falta en él ninguno de los tristes episodios del caudillismo. Portales, el duro dictador chileno que había trazado cuidadosamente los planes de acción, hubo de afrontar a su vez un movimiento revolucionario en una de cuyas alternativas fué sacado de su coche y fusilado a campo abierto por los hombres de Vidaurre, su ex colaborador. No obstante, la expedición chilena contra Perú se organizó más tarde, culminando con la derrota del general Santa Cruz, presidente de Bolivia y Protector de Perú. Con ello terminó la confederación entre ambos países, tan necesaria a Bolivia para resolver el problema de su salida al mar.

La historia sigue encadenando sus episodios de similitud genética; período de anarquía en Perú;

“motín de la regeneración” en Bolivia; acciones de armas entre Perú y Bolivia; dictadura de Belzu en Bolivia; motín de Arequipa contra el presidente del Perú; invasión del Perú por las tropas de Belzu; guerra civil en Perú; revolución de 1857 contra el general Córdova, yerno de Belzu; sublevación y guerra civil contra el presidente peruano Castilla; guerra de Perú contra Ecuador... Siempre el mismo cariz violento, convulsivo: lucha civil en Bolivia en 1861; dictadura en 1868; motín militar en 1873; estado de guerra con Chile en 1879; motín en 1899... No van mejor las cosas en Ecuador, donde después de una serie análoga de contiendas y revoluciones, ocupa el poder el dictador teocrático García Moreno.

El Uruguay sufrió largos años de guerra contra Rosas, intervino en la sangrienta alianza contra Paraguay; pasó presidencias militares y revoluciones hasta entrado el siglo XX. Colombia padeció la guerra civil desde 1839 hasta 1841, la dictadura en 1854, luchas civiles en 1859. La revolución de 1879 costó ochenta mil bajas y la que estalló a fines de siglo casi cien mil. Venezuela, en cambio, pasó inicialmente casi cuatro lustros de paz. Pudo creerse afianzada la suerte del país.

Mas la falta de una política constructiva queda denunciada luego del gobierno casi hereditario de los presidentes Tadeo y Gregorio Monagas que se sucedieron alternativamente en el poder. En 1858 se produce una revolución de tendencias centralistas. Insurrección en 1863 contra el presidente Falcón; en 1864 el Estado de Guayana se declara independiente y subsigue la guerra civil. En 1865, insurrección; en 1867, motines en Caracas; en 1868, revolución, el presidente abandona el país; vuelve el ex presidente Monagas...

Así es la historia nuestra en el período en que Estados Unidos crece, se anexa territorios, los organiza, los liga social y económicamente con el intercambio y los ferrocarriles. Cuando afronta una grave guerra civil, es por fundamentales motivos económicos derivados del problema de la esclavitud. Mientras Sudamérica agrava su despoblación y su soledad despedazándose en rencillas personales interminables y circunstanciales conflictos sobre territorios.

En este cuadro sudamericano del siglo pasado hay, sin embargo, una excepción tan grandiosa como significativa, que es el Brasil. Pasó con relativa tranquilidad del Imperio lusitano al Im-

perio autóctono y de éste a la república federal. Pese a la inmensidad de su territorio, mayor que el de los Estados Unidos, lograron sus gobernantes hacer surgir la unidad brasileña por encima de fuertes regionalismos. Sirva ello de ejemplo que corrobora la exactitud genial de la visión de Bolívar respecto al porvenir de los países americanos; sobre todo en lo concerniente a la necesidad de instituir grandes unidades nacionales para evitar caer en las pequeñeces y recelos de los estados débiles e inseguros, donde la lucha pasa forzosamente a los planos inferiores del caudillismo.

La lectura de este cuadro es por demás penosa. Se diría que la mayoría de los países adoptan el régimen republicano y democrático sólo para violarlo y deshonrarlo de todas las maneras imaginables. En cuanto les falta la causa común —el dominio español— reniegan de la libertad recién adquirida y de la amistad que acaban de jurarse. Los golpes de estado y las dictaduras se suceden con implacable intermitencia. Y éstas, en momentos en que todo está por hacer, por organizarse, por empezar, ni siquiera son constructivas. Tal vez alguien admita la necesidad de una dictadu-

ra o gobierno fuerte en los períodos de inestabilidad o transición, para acabar con inseguridades y desórdenes. Pero el caso es que las típicas dictaduras sudamericanas —salvo alguna excepción como la de Portales— ni siquiera cumplen ese elemental designio; son simple corona de la ambición personal, más destructiva a la postre que el desorden revolucionario del cual provienen.

Después de este abreviado balance consideremos la situación política en el siglo XX. Los regímenes parecen haber evolucionado mucho con relación al pasado siglo. Y tal es la significación del tiempo en la era de la técnica, que allí donde el orden social se estabiliza, de algún modo sobrevienen de inmediato el progreso, la multiplicación de la riqueza, la transformación de las ciudades en urbes modernas. Así la Argentina, que se coloca en la primera línea de exportadores mundiales de trigo y carne y donde Buenos Aires alcanza a ser rápidamente la segunda ciudad latina del mundo. Así el Uruguay, que en el curso de dos generaciones transformá completamente su fisonomía; así Colombia, cuya producción agraria y minera surge a los mercados mundiales en brevísimo período. Pero este proceso está lejos de

ofrecer el signo de un continuado ascenso continental. No sólo hay países estancados en el primitivismo del caudillo y la camarilla, sino que incluso hay otros que atravesaron situaciones todavía peores que las del siglo anterior.

Echemos primero un vistazo a aquellos países donde la situación señala un progreso notorio. Ya hemos hablado del proceso relativamente tranquilo que culminó en la creación del Brasil moderno. Respecto al desarrollo de su riqueza, nos bastará recordar que en 1799 se introdujo al Brasil la primera semilla de café; hoy es el primer exportador mundial de ese producto. El gran país mantuvo su normalidad institucional hasta el día en que el Presidente Vargas, electo en 1930, dió el resonante golpe de Estado que lo mantendría en el poder por cerca de tres lustros. Este suceso tiene su origen tanto en la crisis económica mundial como en la sugestión imitativa de los regímenes fascistas cuya propaganda, escandalosa e insolente en aquellos días, daba por liquidado a corto plazo el orden democrático. El régimen de Vargas, sin llegar a excesos ni desbordes, fué duramente autoritario. La influencia del nazismo, a través de las grandes colectividades de ori-

gen germano existentes en Brasil, llegó a ser notoria. En determinado momento el Tercer Reich —entonces en pleno apogeo desplazó nada menos que a Estados Unidos del primer lugar en la cifra de importaciones. Inglaterra pasó al cuarto lugar.

Felizmente, diversos sucesos internos y cambios en el clima político mundial hicieron virar la política del Presidente, y su Estado Nuevo se esforzó en ofrecer, dentro de normas limitativas, importantes conquistas sociales, mayor explotación de recursos naturales e incremento industrial. Una asonada de elementos fascistas, en la cual el presidente Vargas hubo de defender a balazos su propia vida, terminó de deslindar posiciones, y luego el Brasil ocupó su lugar junto a las Naciones Unidas durante la II Guerra Mundial. Vargas pudo dejar el poder y retirarse a la vida privada sin tener que afrontar la extrema alternativa dictatorial; perpetuarse o caer asesinado. El régimen político es actualmente equilibrado y normal. Las riquezas extractiva y agraria siguen desarrollándose en todo sentido; no obstante, la economía ha experimentado los fenómenos inflacionarios con tanta intensidad como en los países pobres y la

situación de las masas agrarias arroja el mismo déficit vital que en otras zonas de América.

Chile había alcanzado un buen grado de cultura política con el Presidente Alessandri. A su derrocamiento siguió una situación confusa, casi de retrogradación al siglo XIX. Se sucedieron los presidentes militares a veces por períodos de sólo un mes. Esta grave crisis fué sobrepasada desde 1938; actualmente, el régimen es normal y ofrece una orientación firme. Desgraciadamente, el progreso está lejos de haber alcanzado a las masas agrarias.

La Argentina, después del ciclo progresista de Sarmiento, apenas tuvo problemas políticos hasta el día en que el general Uriburu derrocó al presidente Irigoyen, tras los graves desaciertos que éste —o la camarilla de amigos que lo manejaba— cometiera en el orden de la administración pública. Los errores fueron reparados, pero entonces se cayó en la cuenta de la facilidad con que un grupo de oficiales podía adueñarse del poder. El ejército fué asumiendo más y más preponderancia política. A la benigna, casi insignificante presidencia del general Justo, subsiguió el anuncio de concordia nacional formulado por el doctor Ro-

berto Ortiz, desgraciadamente fallecido dentro del período de su mandato. Este inesperado suceso complicó de nuevo las cosas y el ejército volvió a derrocar al anciano vicepresidente Castillo. Se entró de nuevo a un ciclo de gobernantes militares, imponiéndose el estado de sitio y severas restricciones a las libertades civiles por espacio de tres años. Actualmente el gobierno, si bien de origen militar, es perfectamente constitucional. Acompás de sus grandes y rápidas reformas sociales, que hicieron avanzar al país treinta años en el terreno de la legislación obrera, podría el gobierno haber cerrado el largo interregno de desequilibrio político; desgraciadamente, le falta el sentido de la oposición, sin el cual ningún régimen puede ser prácticamente democrático. Debe considerarse, pues, que el período de las sorpresas políticas no ha sido todavía sobrepasado en definitiva.

La situación política del Uruguay puede calificarse de muy buena. Viene gozando el país, en lo que va de este siglo, de 45 años de tranquilidad institucional, sólo interrumpida en 1933 por el lamentable golpe de Estado del Presidente Terra, desvío éste que fué posible corregir, sin

demasiado daño, en magistraturas posteriores. Durante ese lapso el desarrollo industrial y el incremento de la instrucción pública han sido las facetas sobresalientes. En los últimos cinco años se lograron grandes mejoras para la clase media y obrera. Debe recordarse que en el territorio uruguayo no existen masas aborígenes, de modo que la legislación social no ha tenido que afrontar el grave problema de la recuperación del indio, común al resto de los países sudamericanos.

Es justamente ese problema el que mantiene estacionario el panorama en Ecuador, ya que la vida política se circunscribe a la minoría blanca, no más de 250,000 habitantes sobre un total de dos millones y tres cuartos. Su marcha ha sido irregular, con frecuentes intervenciones armadas, las que son facilitadas por el abismo racial y cultural que separa a los soldados de los oficiales. En algunas zonas, la situación de las masas rurales sigue siendo tan mala como en tiempos de la conquista. No obstante, la situación política logra estabilizarse una y otra vez en medio de sus altibajos, y ha permitido algunos pequeños avances. Pero desde luego que todo pronóstico de estabilidad debe quedar supeditado a la tremenda

magnitud que aquí ofrece el problema social del indio.

Colombia, con una estructura política mucho más acentuada, pasó un largo período de tranquilidad institucional. No obstante, en los últimos años ésta ha sido perturbada una y otra vez. El terrible motín que siguió al asesinato del líder Gaitán vino a subrayar el profundo desequilibrio entre las clases dirigentes y los sectores populares. Ello abre interrogantes difíciles de contestar, sobre todo porque en aquellos sectores se cuenta también una proporción no desdeñable de indios, afro-indios y mestizos. Es evidente que aquí, como en los demás países de América, esos contingentes están excluidos de la vida política y que no se interesan en participar en ella. Pero ¿si un día lo quisieran? Ya el aprismo ha demostrado en Perú cuán probable es el evento. Además, hay actualmente una tensión amenazadora entre los dos grandes partidos conservador y liberal.

SOMBRA DEL COLONIAJE.—Tócanos ahora proseguir nuestro breve examen con aquellos países que han experimentado regresiones políticas respecto al siglo anterior, aunque semejante contra-

marcha pueda juzgarse "a limine" imposible. Sin embargo, es así, y hasta diría que es demasiado así.

Bolivia, Paraguay, Perú y Venezuela cubren en conjunto un área de más de tres millones y medio de kilómetros cuadrados, donde abundan vegetales y minerales, sobran tierras y faltan hombres. Sin embargo, estos cuatro países están más sobrecargados de problemas político-sociales que aquellas comarcas de Europa donde las gentes viven a razón de 250 por kilómetro cuadrado, y la posesión de un par de hectáreas y dos o tres vacas es casi una riqueza... Subrayemos de paso, como suprema antinomia, que este milagro de desquicio administrativo-social ha venido a acontecer en zonas que, como las de Perú y Bolivia, fueron antaño asiento del imperio incaico. Entonces el sistema agrícola era absolutamente el más adelantado del mundo. Hoy la situación de las masas agrarias es casi sin discusión la más atrasada del globo. Las leyes sociales, como antaño ocurrió con las del Consejo de Indias, se dictan pero no se aplican.

El Gobierno ha podido ser, durante décadas,

“juez y gendarme” ¡pero qué juez y qué gendarme! No hay tropelía ni latrocinio que el primero haya dejado de ensayar. Y el ejército es una guardia pretoriana que lo sostiene o derroca según las circunstancias. Cuando ocurre el segundo de los casos, unos cuantos de los prohombres del gobierno depuesto son desterrados o muertos; pero la mayoría pasa a integrar las filas de la nueva situación, que así queda lista para el próximo golpe. Este es el sencillo mecanismo que explica la frecuencia de los cambios presidenciales. Como lo afirma Carleton Beals¹ en algunos países sudamericanos no existe un verdadero ejército nacional, sino varios ejércitos personales.

Pero quizá resulta peor la suerte del país cuando no existe esa división y el poder presidencial se ejerce sin contrapeso. Entonces el mandato se prolonga de por vida y el país sufre la larga agonía en que Venezuela atravesó más de cinco lustros en pleno siglo XX.

Juan Vicente Gómez ejerció el gobierno desde 1908 hasta 1935, fecha de su muerte. Fué un régimen de opresión, terror y enclaustramiento ante

¹ *America South*, traducida al español bajo el título *América ante América*.

el cual se hace incluso difícil emplear el término "Política", la vieja palabra aristotélica. Sobre.....
 pasó en barbarie y despotismo a cuantas dictaduras se hayan conocido en América, y conste que.....
 este galardón era bastante árduo de alcanzar...
 Gómez fué el verdadero precursor del sistema de esclavitud moderna, que más tarde copiarían el Tercer Reich y la U. R. S. S., por el cual en vez de matar o encarcelar a los opositores, se les condena a las más pesadas faenas rurales. Preferentemente en las haciendas del mismo Gómez o de los miembros de su camarilla.

De cómo un país pudo avenirse a este régimen precisamente en la época de los grandes cambios mundiales —guerra europea, revolución rusa, aparición del fascismo, revolución china, modernización de Turquía y mil movimientos más que están entre 1908 y 1935— es cosa que sólo puede explicarse a través de los factores indigencia y aislamiento, y sobre todo, debilitamiento y anulación de la clase media, cuya casi desaparición es un fenómeno típico en las grandes zonas sudamericanas del latifundio y las omnipotentes empresas de explotación minera. Debe concederse también su papel a los grandes vacíos físicos y cultu-

rales característicos de Sudamérica, según explicaremos más adelante en párrafo aparte, sin los cuales es imposible que subsista tanto tiempo un régimen verdaderamente nihilista, que absorbe toda la vida de la nación a cambio de nada. En cuanto al punto de vista internacional, es necesariamente vejatorio que el régimen haya continuado entre los Congresos Panamericanos y las declaratorias contra los totalitarismos europeos. Sobre todo cuando se recuerda que el venezolano Bolívar ideó su incipiente panamericanismo precisamente para prevenir los aislamientos, encierros y desvíos que siempre preceden a las tiranías.

A la desaparición de Gómez pudo creerse, sin eufemismos, que una nueva era comenzaba. El presidente designado, general López Contreras, pudo establecer, tras cautelosa expectativa, algunas libertades. Poco a poco se restablecieron las relaciones exteriores, sobre todo en el orden cultural. Enorgullecióse el país de borrar los infamantes vestigios de la dictadura gomizta y es así que enormes cantidades de grilletes y cadenas fueron arrojadas al mar. Mas la transición no era desgraciadamente tan fácil como pareció en los momentos del primer respiro. Había quedado atrás de-

masiado dolor, desorganización y vacío. Los intereses y ambiciones, siempre prontos a hacer lo suyo, encontraron un escenario demasiado fácil. Comenzaron las vacilaciones, las vueltas, las intervenciones y las medidas de "emergencia". Los partidarios de Gallegos hicieron sus desfiles en silencio. Con todo, cuando se realizaron en Venezuela las últimas elecciones pudo creerse en un milagroso resurgimiento democrático. ¡No todos los períodos llevan, ciertamente, a un Rómulo Gallegos al poder! Mas infortunadamente el salto era demasiado grande. Gallegos, derrocado por una junta militar, tomó muy pronto el camino del destierro. El pasado reclamó lo suyo y lo tomó. Tal ha sido la ruta política de Venezuela en lo que va de este medio siglo.

La sombra del pasado es sombra también en la vida institucional del Paraguay: un poder excesivo y "uniquista" en un país despoblado, con menos de un millón de habitantes y mil kilómetros de vía férrea. El largo período de ataraxia política se interrumpió un día con la guerra del Chaco. El ejército, traído forzosamente al primer plano, irrumpió en la vida política. Un movimiento militar derribó en 1936 al presidente Ayala y el

coronel Franco asumió el poder, siendo derrocado al año siguiente en la misma forma. El drama del fácil acceso al poder había comenzado.

Vacante luego el sillón presidencial por fallecimiento del general Estigarribia, le sucedió el general Higinio Morínigo, quien se afianzó en el poder reformando la Constitución a su medida. Entonces comienza francamente la regresión, las proscripciones políticas, la censura, los campos de concentración. Una vez más es el enclaustramiento de la dictadura no constructiva. Culmina con el gravísimo alzamiento cívico militar que alcanza a casi todo el país, cuyas bajas y las sangrientas e interminables represalias subsiguientes significan tal vez más víctimas que las sufridas en tres años de guerra con Bolivia. Morínigo triunfa y una vez más las endebles formas sudamericanas dejan que el pasado resurja y se instale en el presente. Al feudalismo agrario se suma de nuevo el cesarismo del gobierno.

La azarosa marcha política de Perú y Bolivia ofrece algunos trazos paralelos. Tal vez sean éstas las comarcas donde las sombras del coloniaje se proyectan con más especificidad de contornos sobre la tierra y el hombre. Régimen feudal del

agro; servidumbre por deudas, que se trasmite hereditariamente y por lo tanto constituye una forma de esclavitud; subordinación de los funcionarios administrativos y judiciales a la voluntad del terrateniente; contratos leoninos de trabajo o arriendo directamente pactados entre el potentado y los miserables,² allá arriba, en un pequeño círculo, el gobierno lejano, que se constituye y es derrocado una y otra vez por las juntas militares.

Durante más de diez años se mantuvo Leguía en la dictadura del Perú. Una dictadura de entorchados y presunciones culturales y dialécticas, a la cual prestaron el apoyo de su verba los dos poetas entonces más prestigiosos del continente: José Santos Chocano y Leopoldo Lugones. Todavía es difícil imaginar qué clase de ceguera o de mimetismo acomodaticio condujo a los dos intelectuales a colaborar en los actos de aquella cultura de alquiler; en última instancia, debe verse en ello un episodio más de la endebles de nuestras formas de vida, que coloca el espíritu en actitud de perenne prestatario. Al sólo anuncio

² Algunos de estos caracteres son también aplicables a Ecuador.

de una dádiva grande de nuevas formas, estilos y posibilidad de actitudes, se producen las traiciones y entregas de esta índole.

Pese a las recepciones fastuosas y los juegos florales, no faltaron a este gobierno ninguno de los abusos, despojos e inoperancias típicos en las dictaduras del continente. Un sargento valiente, brutal y semianalfabeto lo derrocó en 1930. Pudo creerse cambiada la situación. Haya de la Torre y otros líderes apristas desterrados retornaron al país. Pero bien pronto hubo de comprenderse que el sargento Sánchez Cerro —después coronel— no soltaría tan fácilmente el mando. Llamó a elecciones, pero sólo fué para ganarlas de cualquier modo. Haya de la Torre, que le siguió en votos a escasa distancia, fué encarcelado y sometido a un duro régimen de calabozo del cual es todo un suceso que escapara con vida. (Recuerdo haber oído decir, en rueda de estudiantes y deportados, “ahora le dan una hora de sol por día”). Mientras Sánchez Cerro, para “aunar voluntades” buscó un conflicto con Colombia y por poco hace estallar la guerra entre ambos países a propósito de la insignificante cuestión de Leticia.

Volvieron días iguales o peores que los del si-

glo XIX; revolución en Trujillo, represalias bárbaras y matanzas a sangre fría de indescriptible horror. Hasta que en 1933 la bala de un estudiante terminó con Sánchez Cerro. El nuevo presidente provisional, general Benavidez, concedió una amnistía y pudo pensarse en la paz civil. Pero fué solamente una pausa. Al nuevo presidente le disgustó también el resultado de las elecciones a que convocara, y procedió a anularlas, erigiéndose posteriormente en dictador. Volvieron los destierros, las persecuciones, el gobierno policial, mal juez y peor gendarme de una nación ruralmente atrasada tres siglos. Las universidades permanecieron clausuradas hasta 1936. Y la Conferencia Panamericana se realizó en Lima en 1938.

No faltaron, entre tanto, ninguna de las habituales sofisterías ni contumancias verbales. Al entregar el gobierno en 1939 al presidente Manuel Prado, expresó el general Benavidez ante el Congreso: "El adelanto espiritual del Perú ha corrido parejas, durante mi sexenio gubernativo, con el progreso material". "...Hemos cambiado la estructura espiritual de la nación estableciendo los grandes lineamientos de un Perú nuevo. Un Perú que vive y se desarrolla por las rutas del

trabajo, de la paz y del progreso. Un Perú grande, próspero y fuerte...”

La historia tenía que repetirse. Períodos constitucionales, levantamientos militares y derrocamientos. Hasta que lindando ya con los días contemporáneos, ocurrió la revolución aprista que ensangrentó de nuevo al país. Un movimiento quizá prematuro pero que —hay que señalarlo muy especialmente— es el primero que tiene un contenido social, real y definido. Esta es por fin la señal del progreso político en esta historia de perturbaciones personalistas. Pero el gobierno militar aplastó de nuevo al aprismo y las instituciones se volvieron una vez más hacia el pasado.

Los episodios de la vida nacional boliviana quizá superan, en su frío horror, a los que acaban de anotarse. Alberto Ostria Gutiérrez ex Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, dice³ que su país sufrió 191 motines y golpes de Estado en 118 años de vida independiente. ¡Tal ha podido ser el signo de la independencia en las zonas más ricas y menos pobladas del globo! Las presidencias y las dictaduras, los gobiernos civiles y los milita-

³ ALBERTO OSTRIA GUTIÉRREZ, *Una obra y un destino*, Buenos Aires.

res se implican y anudan a veces en forma difícil de apreciar. Por períodos, como ocurre después del derrocamiento de Siles, la anormalidad se torna costumbre. Las juntas militares imponen a Toro y luego a Busch. Le siguen Quintanilla y en fin, Peñaranda, cuyas matanzas de obreros le acercan a las sombrías celebridades del pasado. Mientras tanto, la desastrosa guerra del Chaco había promovido la formación de nuevos partidos: dos de tendencia marxista, a saber, un stalinista y otro troskista (curioso trasplante sudamericano de una forma política sin vigencia en parte alguna del mundo) y el Movimiento Nacionalista, de índole opuesta, una y otra vez acusado de fascismo e imperialismo. Este partido, junto con los militares de la Logia Razón de Patria, se impuso en el poder durante casi tres años. El Presidente Villarroel alcanzó a realizar alguna obra social, incluso una incipiente reforma agraria en la zona de Santa Cruz.

Una reacción elemental y furiosa en la cual se hicieron presentes fuerzas populares y militares derrocó al régimen en un asalto espectacular a los edificios de gobierno. El presidente fué ahorcado en la plaza pública por la multitud, reproducién-

dose así un episodio ocurrido en Perú en el siglo anterior. Los tres años subsiguientes, comprendido el actual, fueron de intensa agitación y continuos conflictos. Finalmente, y estamos ya en agosto de 1949, estalló una grave revolución que abarcó las zonas de Sucre, Potosí, Cachabamba, Santa Cruz, Villamontes, etc. Triunfante en los primeros momentos, el movimiento fué después rápidamente reprimido por las tropas del presidente Hertzog. Gran cantidad de revolucionarios hubo de buscar refugio en los territorios vecinos de la Argentina y Paraguay. Tal ha sido la línea política del país del altiplano, encadenado y lastrado por su monoproducción minera, su primitivismo agrario, su falta de comunicaciones, su malversación del capital humano representado por los indígenas, convertidos al presente en los seres más miserables del mundo entero.

Esta es la cronología política del continente que por más de un siglo ha gozado de paz con el mundo exterior. Ha podido presentar al mundo un espectáculo excepcional y único de discordia; fanatismo personalista e inoperancia social. Ha dejado sus grandes problemas en el punto en que

los encontró; a veces más atrás. Sus guerras interiores, sus masacres civiles, sus interminables motines y golpes de Estado han respondido casi siempre a afanes caudillistas o a motivos circunstanciales.

Faltan las típicas y conocidas causales bélicas; competencia de mercados, escasez de territorios, antagonismo religioso, rivalidad racial. Todos los contendientes proceden del mismo tronco y hablan el mismo idioma. Faltan los grandes motivos de reforma social, técnica o económica que en Europa preceden siempre a la revolución. No obstante, el clima sudamericano ha sido ese: guerra y revolución. Guerra sin conquista; revolución sin reforma.

La explicación de semejantes fenómenos tendría que abarcar, desde el amplísimo arco del pasado, todo el complejo de la vida misma de nuestro continente. Conforme al plan de este ensayo, no la intentaremos en un sentido exhaustivo. Más bien añadiremos, a los factores de desconexión, debilidad, desorganización, etc., que reiteradamente se han señalado, el estudio de otros elementos liga-

dos específicamente a los trastornos y disturbios de la vida política.⁴

Una cultura, en cuanto fenómeno social, comprende dos procesos sucesivos y complementarios: el primero es de adaptación al medio; el segundo es aquél por el cual el hombre readapta el medio a sus exigencias, no sólo físicas, sino también las de la inteligencia, el gusto, el temperamento. Así, en la primera fase, un pueblo se adapta al clima, el suelo, la producción; en la segunda imprime el sello de sus particulares preferencias a la comarca donde habita. Por eso son tan diferentes el villorio italiano y la aldea española, la campiña de Escocia y la de los Balkanes.

En la esfera político-social ocurren, *mutatis mutandi*, procesos paralelos. El actual federalismo suizo representa la tenaz y paciente readaptación de un pueblo a las condiciones de aislamiento e

⁴ Con todo, desde el punto de vista agrario, podría haber quizá la explicación en una frase; por ejemplo: la obsesión del oro patrocinó la Conquista y el Coloniaje. La obsesión del poder personal dominó la Independencia. Para ambas pasiones los organismos sociales indígenas eran un obstáculo. Por eso el conquistador esclavizó al indio y los presidentes de las nuevas repúblicas se olvidaron de liberarlo.

independencia mutua, impuestos por la naturaleza geográfica del país, eminentemente regional y distrital. Pero quizá la obra más acabada que se conozca en este sentido esté representada por el actual régimen inglés, pacientemente readaptado sobre las caprichosas representaciones por villas que legara a la nación la época de las baronías semif feudales. Las que a su vez, proceden del complejo económico natural, bélico y religioso, etc., propio del medioevo inglés.

Ahora bien, es evidente que ese segundo proceso de readaptación ha fallado o no se ha producido en América del Sur. (Y no se arguya que es por falta de tiempo histórico, porque ahí están, como ejemplos de lo que vale un siglo, Estados Unidos y Canadá, Australia y Nueva Zelandia). Sus regímenes político sociales fueron improvisaciones teóricas que continúan, inadaptadas e inadaptables, rigiendo sólo en el papel y acaso en ciertas zonas urbanas y litorales. En el gran interior americano se sabe sólo de su existencia para infringirlas. En la totalidad de la vida de cada nación el régimen republicano no está arraigado, sino, por así decirlo, simplemente encasquetado.

De ahí la facilidad con que, cuando molesta, cualquier caudillo lo arroja al suelo.

¿Necesitaré recordar la inadecuación de un sistema democrático, que para serlo debe guardar los principios de representación proporcional y regional, allí donde la masa de indios y mestizos no está absolutamente representada; donde el aislamiento de inmensas regiones es tal que resultan prácticamente extranjeras dentro de fronteras?

Ni las leyes ni la técnica han llegado a los grandes feudos sudamericanos heredados del coloniaje, aumentados todavía por algunos gobiernos en este siglo como los de Gómez y Leguía; el proceso entero técnico social de Occidente no ha comenzado aún en regiones donde cabría la Europa. La instrucción pública, sin la cual la democracia queda en una sola pierna, no existe u ofrece apenas rudimentos en las zonas rurales. Por otra parte aún suponiendo que la miseria y las abrumadoras faenas permitan al indio enviar eventualmente sus niños a alguna de las pocas y dispersas escuelas, todavía hallará grandes dificultades a causa del idioma y de la vestimenta. ¿Y qué diremos de la aplicación de las leyes sociales allí donde los funcionarios del gobierno son mandatarios de te-

rratenientes, cómitres y capataces? ¿Y para qué recordar las condiciones de higiene y salud en las regiones de la Gran Miseria, si es que alguien se acuerda allí de esas palabras?

El sistema republicano democrático es pues, simplemente una mentira sobre la realidad telúrica sudamericana. Así lo han reconocido el aprismo en el Perú y el socialismo en la Argentina.⁵ Sobre esa realidad el orden gubernativo resulta, en verdad, una última distrofia que corona el proceso lento, doloroso y desconexo del amorfismo sudamericano. La letra incumplida de las constituciones permite servidumbres y esclavitudes de la época colonial; tolera los más graves vicios administrativos, igualmente de cepa virreinal: cohecho y soborno, desajuste y abandono, abuso e inercia. Arrastra una economía inverosímil en países que pueden producir cinco y diez veces más de lo que consumen.⁶

⁵ Sobre los problemas del norte argentino véase *Defensa del valor humano*, por el doctor ALFREDO L. PALACIOS, Buenos Aires.

⁶ Cuando en boca de ciertos gobernadores se escuchan las consabidas declamaciones en favor de la justicia o el derecho, viene a la memoria una anécdota conocida

Pero la cuestión más interesante es indudablemente ésta: un gobierno que honestamente quisiera hacer prevalecer la constitución y las leyes sociales ¿lograría hacerlo? Ya hemos anticipado nuestras dudas. Las normas europeas presuponen, para su aplicación, la existencia de bien engranados organismos y controles bipartitos. Estos reclaman a su vez la existencia de individualidades despiertas y entrenadas. ¿Cómo, pues, aplicarlas allí donde reinan la ignorancia, el analfabetismo, hasta el desconocimiento del idioma; allí donde la servidumbre y la pobreza se han infiltrado de tal modo en la idiosincracia del aborigen, que hasta las han hecho hereditarias? Además, ya dijimos en "Meditación geográfica" cuán difícil

desde los tiempos virreinales: un jinete llegó a una posada y dirigiéndose a un joven muy mal entrazado que se hallaba a la puerta le indicó que le tuviese la cabalgadura. "Sepa vuestra merced", replicó altaneramente el joven, "que habla con el caballero don Francisco Hidalgo de Cienfuegos y Alburquerque." A lo que contestó el jinete, aludiendo a la traza andrajosa del interpelado: "Pues parezca vuestra merced lo que es, o sea vuestra merced lo que parece".

¿No impondría la misma alternativa la confrontación de algunas constituciones con la triste realidad popular?

resulta aclimatar formas occidentales en la selva, el llano o la montaña, por razones de su propia conformación. Los códigos civiles tomados de Francia o Italia tendrían que regir en el desierto, la jungla o las comunidades de trabajo colectivo, cosa que es socialmente impracticable. Del mismo modo, la legislación obrera o escolar resultan de ilusoria vigencia en los yungas, las caucherías, las explotaciones mineras, los cafetales o los pesqueros. Véase cómo, desde el punto de vista histórico, Sudamérica colocó aquí la carreta delante de los bueyes, es decir, dictó normas democrático-representativas y legislaciones de trabajo, higiene y educación, antes de haber tenido siquiera idea de cómo y por qué medios podrían aplicárselas en las tres cuartas partes de los territorios.

Ni gobiernos ni revoluciones se han preocupado mucho por dar ese paso que acortaría la distancia de dos siglos que media entre las regiones urbanas y las agrarias o mineras. Es así que el antedicho proceso de reelaboración de las formas sociales entre la realidad no ha comenzado todavía para millones de indígenas, mestizos y trabajadores rurales del continente. No hay siquiera muestras de que se esté preparando su comienzo.

Hay, por el contrario, específicas resistencias que serían necesarias para asegurar la incorporación de esas masas al proceso técnico y educativo de la cultura occidental. Hay temor de remover ese inmenso fondo popular abandonado al tiempo. La vieja idea de la incapacidad del indígena, que ya se forjara Colón, pervive en mil formas expresas o tácitas. La enorme masa de intereses representada por el latifundio, la gran empresa minera, la corporación explotadora de frutos y madera, gravita con todo su peso sobre el orden del coloniaje.

Por eso los gobiernos prefieren alejarse de una realidad harto difícil de abarcar. Así han llegado a ser meros reductos de poder personal. Su base es demasiado pequeña para que pueda ser estable. Pueden perpetuarse por inercia de los demás círculos; pero pueden tambalearse y caer diez veces si los centros organizados del ejército o los propietarios se deciden a ello. Las guerras y los conflictos estallan fácilmente —y a veces se hacen necesarios— entre estos gobiernos sin pueblo.

El divorcio entre lo político y lo social, la inadaptación de lo social a la realidad humana y

telúrica siguen siendo los grandes, demasiado grandes problemas sudamericanos. Ahí están hoy, como los viera ayer el preceptor Simón Rodríguez.

V

LOS GRANDES VACIOS SUDAMERICANOS

Saltan primero a la vista los vacíos físicos, el desierto y el latifundio. Aparecen sin transición apenas franqueamos la última calle de una ciudad de segunda categoría. Desde las villas y los pueblos, la perspectiva conduce la mirada a lejanías insondables, sin marca ni nombre. El llano, la selva y la montaña están presentes al borde de las rutas que comunican las capitales... Quien se decida a seguir la ruta panamericana afrontará páramos y soledades en un kilometraje tal que sólo parecería tener cabida en el interior del Asia. El avión conduce sobre los paisajes más desolados e impenetrables, donde la civilización se muestra en islotes muy separados entre sí.

El Uruguay es proporcionalmente uno de los

países más poblados: dos millones y medio para apenas 187,000 kilómetros cuadrados. Sin embargo, en su campiña la soledad se hace presente por doquier, hasta el punto de que a lo largo de muchos caminos es posible preguntarse dónde se hallan los habitantes y en qué parajes estarán los 20 millones de ovinos que arroja el censo ganadero.

En los grandes países, la inmensidad predomina sin contrapeso sobre la sociedad. Sin estorbo se suceden los grandes círculos vacíos del presente; de la historia en sus diversas capas coloniales, precolombianas y arcaicas; por fin, de la prehistoria, que en el valle perdido o en la selva cerrada muestra todavía al explorador cómo es el mundo antes de que el hombre se organice en él. En pleno siglo XX, el avión pudo descubrir ciudades perdidas y restos ciclópeos en el interior del Perú. Tales condiciones físicas imponen el lacunarismo, el desnivel de cultura y "standar" de vida y el mutuo desconocimiento a que hemos aludido reiteradamente.

En segundo lugar, hemos de considerar los grandes vacíos culturales que en cierto modo entrevimos al tratar el tema del amorfismo. Nuestra sociedad, nuestras leyes y organizaciones, nuestro

modo de vivir mismo, ofrecen la misma visión familiar, separada; sus líneas no han terminado de reunirse para constituir conjuntos.

Aún en los medios urbanos o relativamente poblados, se diría que entre unas y otras partes del organismo social falta la anastomosis que asegure la indispensable circulación o mutua comunicación. Es típico el aislamiento en que se desenvuelve la labor pedagógica. Termina en la escuela; no prosigue en las normas de convivencia ni en el hogar; antes bien, en éste se la contraviene por pobreza, ignorancia o simple instinto de reivindicación. Del mismo modo, lo que la Facultad de Derecho enseña está reñido casi siempre con la realidad política; lo que se aprende en Ciencias Económicas de nada sirve ante el complicado atraso de la administración pública y los curiosos atavismos de los sistemas impositivos, y así sucesivamente. Digamos de paso que esta dualidad configura uno de los más graves problemas de la juventud universitaria en casi todo el continente y origina, junto a interminables confusiones el orden normativo, continuadas decepciones en el orden vocacional. Y luego ¿no tendrá el valor de un símbolo involuntariamente adoptado el que a nuestras uni-

versidades se les llame "claustros" en la mayoría de los países?

Una similar configuración de aislamiento prevalece en los sectores sociales organizados. Ya hemos visto cómo los ejércitos y las oficialidades tienden a darse una vida autónoma y separada de la nación. La misma tendencia se observa en los sindicatos y sociedades gremiales; llegan hasta a constituirse en repúblicas dentro de la república y muchas veces crean para sí un verdadero clima ideológico por completo diferente. Idéntico afán de separación se advierte en las agrupaciones de profesionales, frecuentemente divididas en círculos internos de enconada rivalidad donde se reproduce el fenómeno.

Incluso en los organismos administrativos y técnicos del Estado se observa el afán autárquico y la condición de aislamiento. No es nada extraordinario que mientras un departamento predica la necesidad de restringir los gastos, otro se lance a inversiones extraordinarias. Este signo de desencuentro y lacunarismo creo afecte a la economía entera sudamericana, hecha de improvisaciones, anticipos y constantes correcciones. No es ésta la oportunidad de desarrollar un tema tan vasto;

anotemos simplemente que nuestra legislación económica, a pesar de la inverosímil superposición de leyes, decretos y ordenanzas, no ha alcanzado a llenar el hueco inmenso de la producción agraria ni a prevenir las necesidades de un efectivo adelanto industrial.

No es diferente el panorama de las organizaciones culturales de cualquier categoría. Su actividad se circunscribe a pico sobre un contorno sin prolongaciones. No se desenvuelven unas hacia otras; no irradian, no obtienen ecos o resonancias. Antes tienden a establecer un espacio defensivo en torno a sí. Lo que una hace las otras lo ignoran. Parecería que en rarefacción del ambiente no se atrevieran a extenderse; más bien se repliegan. El encastillamiento, a veces orgullosamente mantenido, es la más corriente expresión cultural.

Estos rasgos son por completo concordantes con los del hombre sudamericano mismo. Ya hemos hablado de su actitud defensiva, reservada, a veces cohibida; de la típica ausencia de expansiones y alegrías. Y los sentimientos expansivos —conviene recalcarlo ahora— son los que cubren el espacio entre un hombre y otro; si faltan, ese espacio

quedará también vacío. Ni la pertenencia a grupos sociales o a entidades colectivas abstractas bastarán para hacerle aventurarse en ese espacio, considerablemente frío y difícil cuando falta el impulso emotivo, la proyección temperamental que se desborda sin hacerse preguntas ni formular balances previos. Las mismas normas de convivencia social ofrecen, entonces, configuración lacunaria. Y no se olvide que uno de los fundamentos de la Psicología Social establece que la conducta de cada individuo es estímulo para la de los demás; de modo que la retracción y la autovigilancia se refuerzan fácilmente en sentido colectivo.

No están lejos las causas que engendran el divisionismo, la desunión, el escepticismo propio y recíproco. Las opiniones llegan a parecer tabiques. Carga el sudamericano con la sospecha de que tiene mucho que hacer; pero nunca sabe exactamente qué. Presiente la necesidad de obrar; pero jamás se resuelve en un sentido continuo y acumulativo. El ansia de renovación se repliega entonces a la fórmula mínima del desconformismo, la mera insatisfacción, y sobre todo, la crítica a outrance de los proyectos ajenos. Es generalmente una crítica desprovista de significación colabora-

dora, sin proyecciones, sin dinamismo, sin empuje hacia formas nuevas ni sacrificio por el futuro.

Hay, socialmente manifestado, un instinto cismático por el cual cada uno establece su propio y exclusivo dogma y no quiere saber nada de los ajenos. La excesiva permanencia en el reducto personal y la falta de intercambio psíquico lleva con los años a la indiferencia y postra al individuo en ese sopor crítico que es el resentimiento, o bien en el famoso "fastidio" que tantas gentes andan exhibiendo como última de las posiciones alcanzables. Estos caracteres concuerdan completamente con los de las satrapías políticas o los "monopolios de la verdad" que tantas veces se establecen en las esferas técnicas y profesionales.

¿Serán estos efectos sucesivos de la escasez de población o inmensidad de territorios? Puede afirmarse que no. En primer término, el vacío entre hombre y hombre, entre organismo y ambiente, surge como tendencia en las urbes más pobladas; y la actitud de encogimiento, conservación y ansiedad está colectivamente representada en zonas de relativa población. En segundo término, los grandes movimientos históricos de expansión han surgido a veces en naciones poco pobladas: la

Arabia medieval, la Inglaterra isabelina y la Norteamérica del siglo XIX son claros ejemplos. Cuando Norteamérica salta disparada hacia el Oeste no lo hace por razones de población ni mucho menos; los que en 1840 se aventuraron hasta Oregon dejaban detrás de sí una impresionante cadena de desiertos y territorios desconocidos. Dice Kirkland:¹ "En el censo de 1860 las aportaciones de los estados orientales al movimiento hacia el Oeste son impresionantes. Prácticamente el 40% de los hombres libres nacidos en Carolina del Sur viven fuera de su Estado nativo. Han marchado principalmente a Georgia, Alabama, Mississipi. . ." Mientras, en las repúblicas andinas los términos actuales de la civilización son aproximadamente los mismos que los establecidos en la época del Coloniaje. Ni el riel ni los pioneros han sobrepasado las ciudades que el conquistador se trazó como límite.

Es evidente, pues, la presencia del factor psíquico. Pero también hay que admitir que los vacíos, sean telúricos o culturales, reoperan a su vez sobre los caracteres psíquicos. Hay entre ellos una

¹ EDWARD KIRKLAND, *Historia Económica de Estados Unidos*.

inducción mutua, es decir, que se trata de una situación estabilizada; incorporada social y geográficamente.

El gran espacio vacuo, sea natural o social, genera la cohibición. Una cohibición defensiva de observación y vigilancia. Al miedo casi visual de los espacios desiertos se agrega el miedo temporal de la soledad, el aislamiento emocional y el desconocimiento mutuo. Así, pues, los vacíos corresponden a la actitud psíquica y ésta a aquéllos. Por primera vez, recién en esta instancia, encontramos una forma sudamericana concordante con la vida ¡pero de qué categoría! No es una creación estructural sino al contrario; es la del primer refugio que se halla tras el abandono de la lucha.

Podría hasta defenderse la teoría de que ésta es una de las grandes causas del enclaustramiento de países enteros, acosados por la presencia del desierto. Podría llegarse a una explicación de tipo spengleriano respecto a porqué las dictaduras sudamericanas, en vez de lanzarse a grandes programas de acción, conquista, etc., que deslumbraran a las masas, prefirieron siempre el opuesto camino del recogimiento, la aislación, el pasatismo. Pero nos detendremos antes de llegar a tan vastas con-

clusiones que quedan, empero, anotadas como temas de futuro.

En cambio, quizás la presencia de los grandes vacíos llegue a explicarnos las causas del miedo al futuro, a lo que vendrá mañana, señalado una y mil veces en el refranero y la poesía continentales. Se proclama la inutilidad de lo que pueda traer el porvenir y la excelencia creciente del pasado. Podría incluso señalarse en Sudamérica verdaderos intentos de evasión respecto al futuro, tentativas de negarlo; no otra cosa advierte la característica anulación de sí mismo que busca el hombre en los goces, la despreocupación e imprevisión respecto al mañana y la obstinada conservación del detalle pasado. La memoria del episodio nunca se hará a título evocativo o legendario, sino atribuyéndole vigencia y realidad, y sobre todo, superioridad respecto a lo presente y venidero.

En otros planos se teme a las contingencias por lo mismo que a las reformas; porque harán variar contornos que siendo familiares, resultan sostenes. Se defiende el acervo habitual no por particulares motivos éticos o económicos, sino por temor de lo que podría sobrevenir durante el tre-

cho que se andará a la descubierta. Glosando la conocida teoría sobre el arte egipcio, que encuentra en las columnatas una defensa ante el temor visual producido por el gran desierto, diríamos que el hombre busca en los motivos pasados un resguardo ante las interrogantes del vacío que siente y presiente por doquier. De ahí que en Sudamérica abunden tanto los tradicionalistas y conservadores de reliquias; que sea frecuente, en las personas "cultas" la consagración a los motivos del pasado, mientras a su alrededor el presente está gritando por boca de mil problemas. Este carácter nos lleva a las consideraciones del capítulo final.

VI

¿SOMOS REALMENTE UN CONTINENTE NUEVO?

Cuando hace algunos años estampé la pregunta en el temario de una reunión juvenil, se la juzgó impropio. Sin embargo, al cabo del tiempo y las experiencias, no puede menos de volver a plantearla.

Pensémoslo. Sin lugares comunes de discursos para el final del banquete. Sin frases doradas de tenida diplomática o despedida oficiosa. Sin repetición de conceptos acostumbrados que se han adherido a la memoria desde los libros de texto de la niñez y que jamás fueron revistos. ¿Somos realmente pueblos nuevos en América del Sur?

Para ensayar la respuesta empecemos por recordar cómo se manifiesta la juventud en un pue-

blo. Aquí en el hemisferio tenemos una muestra bastante divulgada. La dureza, la manía vitalista y hasta si se quiere la amoralidad que en algunos aspectos ofrece la sociedad norteamericana son signos inequívocos de juventud. Es también un impulso poco menos que infantil el que caracteriza a sus hombres cuando corren detrás de una idea o exaltan un nuevo ícono de belleza, velocidad o salud. Sus fórmulas de utilidad, provecho y eficiencia encierran asimismo cierto sentido pueril. Un niño nunca puede ser desinteresado ni cometer acciones sin finalidad inmediata.

Pero es sobre todo la idolatría de lo vivo el rasgo más definidamente juvenil del norteamericano. El hombre y el niño, la bestia y la planta son exaltados en cuanto fenómenos concretos de vida. La salud y la fuerza cuentan con más creyentes que las diversas iglesias, a veces divertidas. Aún el inmenso sistema de la ciencia moderna ha sentido el influjo moderno del concreto vitalismo norteamericano y si en el correr de este siglo se ha humanizado tan considerablemente en buena parte se lo debe a aquél. No más enfermedades; no más dolor ni vejez, tal es la consigna de las investigaciones biológicas de los últimos

veinte años. Institutos y fundaciones millonarias organizan la caza al morbo, la invalidez, el decaimiento. Ya no se trata de la ciencia por la ciencia, sino de la ciencia por y para el hombre; este es el prodigioso viraje que el ideal del conocimiento experimentó al trasladarse de Europa a Estados Unidos. Se trata, principalmente, de vivir más mejor. Por eso la higiene, la dietética y el deporte son casi dioses en Norteamérica.

No muy diferente es el panorama filosófico e intelectual. Las cuestiones abstractas, los graves postulados, son lindamente dejados de mano o se les despacha por fichas y tarjetas. La única cuestión es ésta: haga trabajar a sus ideas; si no puede, es que sus ideas no sirven. Busque otras, porque hay muchas. Y viva su vida, siga sus impulsos, sea usted mismo. El propio Emerson no quedaría del todo disgustado... En fin, para que el cuadro fuera completo, la idolatría vital invadió el campo religioso y fundó el espiritismo, mediante el cual hasta los muertos están vivos, entretienen las veladas y dan sapientes consejos a parientes y amigos.

Como record, no puede pedirse más. Ni puede hallarse una señal de niñez espiritual más profun-

da. El problema de los problemas, el centro mismo de toda cuestión religiosa, fué resuelto un buen día por dos jovencitas con una mesilla de tres patas, un alfabeto telegráfico y una luz roja. Los espíritus estaban simplemente así, al alcance de la mano; no había más que preguntarles para convencerse. Y muchos se convencieron, porque el sistema era rápido, barato, personal; no necesitaba complicaciones litúrgicas, estudios previos ni mediaciones sacerdotales. La democracia había llegado, por fin, hasta el otro mundo... Tal sería, a mi entender, una de las significaciones sociológicas del espiritismo, lamentablemente tan descuidada y tan poco estudiada hasta el presente. Porque es evidente que el espiritismo moderno y vulgar sólo pudo nacer en Estados Unidos. Si cualquiera tiene derecho a estrechar la mano al Presidente ¿cómo no ha de tenerlo también para apelar directamente a Dios y evocar a los espíritus?

No hago incapié en otros síntomas de juventud porque son hartos conocidos: el culto a la técnica, el respeto al dinero por el dinero mismo; todos los pequeños fetichismos de la infancia que aparecen y reaparecen en las manifestaciones colec-

tivas norteamericanas; la audacia y la irresponsabilidad de las empresas de negocios, la publicidad, las escuelas de psicología para uso doméstico... Todas son nuestras ruidosas e impacientes, como las que se ven en una reunión juvenil.

Ninguna de esas significaciones —o sus equivalencias— existen entre nosotros, y lo que es más, al sudamericano le resultan chocantes; se siente aparte y por encima de ellas. Ya he reiterado antes cuán difícil es hallar en el continente una muestra de alegría, espontaneidad, entrega; cuán general es el cuadro de reserva, enclaustramiento y resignación que ha dado origen al difundido rótulo de la “tristeza sudamericana”.

¿Dónde podrían encontrarse los signos de nuestra pretendida juventud? Realmente, yo no lo sé, aunque comprendo que la cuestión no se agota fácilmente. Pero el caso es que ni siquiera las hallo a título de promesa. Así, cuando el historiador antiguo —Posidonio, por ejemplo— pasa revista a las cortes decadentes de Siria, Roma o Egipto, se complace en oponerles el espectáculo de la fresca incultura, la vitalidad desbordante, la bulliciosa rudeza de los pueblos bárbaros que ro-

dean el Imperio como un cinturón de promesas: galos, iberos, partos, celtas, lusitanos.

Tracemos el mismo paralelo en América. Tenemos, sí, las pequeñas cortes políticas; cruzadas con todos los signos de la senectud: rencorosa introversión, afición a la intriga, aburguesamiento y burocracia, conservadorismo; jamás expansión ni proyección. ¿Habéis pensado alguna vez, aunque sea con el pensamiento, la cantidad de tradicionalistas, conservadores, anticuarios, aspirantes a restauradores que existen en nuestros pueblos? ¿Alguna vez pasasteis lista a las personas atemorizadas por la rápida marcha del mundo moderno? En realidad, que abundan demasiado, así como aquellos cuyo supremo ideal es la estabilidad de la medianía, el pequeño orden de rutina del cual no quisieran salir jamás, porque implica riesgo y lucha. Tenemos también las cortes de terror y sangre; los pueblos condenados al abandono y la inercia. Y frente a este espectáculo paradójal —es una prematura decadencia— ¿dónde está el estremecido conjunto de los pueblos nuevos, juveniles, fuertes, intactos, prestos a entrar a la Historia, que vió el cronista de la antigüedad? No serán, ciertamente, las masas

indias del continente, cuyo espectáculo de dolor y miseria haría imposible la más mínima proposición en ese sentido. No serán tampoco nuestras poblaciones rurales de origen europeo o ligeramente mezclado; ya hemos hablado de sus inhibiciones, su dramatismo, su resistencia a toda innovación; ya las hemos visto incomunicadas y renunciantes frente a la naturaleza más espléndida.

Volvamos a inquirir entonces: entre nosotros, entre los descendientes de europeos ¿dónde se encuentra el ímpetu juvenil? ¿Dónde la energía incipiente que se complace, como en un juego, en volcar obstáculos y pasar límites? ¿Dónde la acendrada confianza en sí mismo y la esperanza infaltable en el mañana?

Si insistiéramos en análisis y paralelos, bien pronto veríamos comprometida nuestra pretensión juvenil incluso frente al socorrido lugar común de "la vieja Europa". Así, cuando se compara la ingenua vitalidad del español recién inmigrado y su recia decisión de conquistar un porvenir con la actitud escéptica y acomodaticia de nuestras juventudes; cuando se traza paralelo entre la pronta iniciativa del "italianito" venido de la alde-

huela piamontesa y su resuelto desapego por todo lo que ha dejado atrás con el horror de nuestras gentes por cualquier mudanza de hábitos, llega uno a preguntarse si al hablar de Europa no habremos estado confundiendo la antigüedad de edificios y monumentos con la vejez de los espíritus.

Quando se leen las audacias con que en Francia o en Austria un barbado profesor de 60 años —es joven todavía, se dice en Europa— remueve métodos y trastorna teorías, y se las compara con la actitud guardiana, cautelosa, de nuestros hombres de 30 años, temerosos siempre de un cambio que arrebatase posiciones y obligue a reponer cómodos y habituales puntos de vista, llega a dudarse si no habremos confundido esta vez la juventud de las tierras de cultivo con la de los individuos.

¿Se deducirá acaso nuestra juventud del incesante revolucionarismo y desorden institucional? Demasiado hemos visto cuál es el carácter conservador y personalista de estos movimientos para insistir con ello. Sobre todo teniendo en cuenta que las revoluciones europeas —sean sociales, artísticas o científicas— traen siempre cambios verticales en las estructuras, mientras que las nues-

tras suelen envolverse en la presunta seguridad del pasado.

Es un galardón casi universal en Sudamérica ser "de los de antes" o "ser a la antigua". Nuestro campo mira casi siempre al pasado e incluso a veces lucha por él. Al reformador suelen volverle las espaldas los mejores amigos, temerosos de que vaya demasiado lejos.

Carlos A. Aldao¹ aludiendo al ancestralismo de las costumbres en las zonas interiores de América, refiere:

No era extraño encontrar hombres más que de ciudad, de barrio, pues nunca hicieron otro camino que de su casa a las iglesias y conventos agrupados en las cercanías inmediatas a la plaza. Mencionaré dos casos típicos para demostrar la estrechez del horizonte en que se vivía. En 1870, cuando llegaba a Santa Fe el telégrafo, un caballero respetable no permitió la colocación de un soporte de

¹ CARLOS A. ALDAO, prólogo a la traducción española de *Rough notes taken during some rapid journey across the Pamps and among the Andes*, por el capitán FRANCIS B. HEAD, Buenos Aires. El título en español es *Las Pampas y los Andes*.

alambres conductores en el corralón contiguo a su casa para que no se supiese lo que adentro sucedía. Otro anciano de buena familia, cuando en 1884 se inauguró el ferrocarril a Esperanza —acontecimiento trascendental esperado por todos con ansia— fué invitado a dejarse llevar en carruaje hasta la estación, distante diez minutos de la casa donde había nacido y vivido, para que viesen sus ojos lo que era un tren, y dió esta respuesta: —No hijo, para qué voy a ver esas cosas que están pintadas en las cajas de fósforos!

Y murió sin verlas.

Mientras tanto, hacia la misma época, Sarmiento viajaba por Estados Unidos y tenía oportunidad de anotar que al solo anuncio de una mejora introducida en los arados llegaban los pedidos de quince mil agricultores de la región...

No digamos que son estas cosas del pasado, porque todavía están ahí; las vemos y leemos que también otros las han visto. Exequiel Martínez Estrada y Eduardo Mallea, entre otros, han insistido en el ancestralismo y la abulia del hombre de campo aunque le han dado, particular-

mente el primero, otro sentido que examinaremos de inmediato y para finalizar.²

Ya hemos aludido a la tendencia —espectacularmente exaltada por el conde de Keyserling— de explicar la actual situación de Sudamérica situándola en la proto-historia. Keyserling afirmó sin ambages que nuestras gentes se encuentran en el estado que ofrecían los hititas hace cosa de treinta mil años. Martínez Estrada expresa que el hombre pampeano se encuentra en la prehistoria. En el mismo orden, Waldo Frank agregaría sus líricos atisbos respecto al papel que en un futuro muy lejano ha de desempeñar el mestizo sudamericano, especie de hombre universal en quien se encuentran todas las sangres. La misma idea la había sustentado en México José Vasconcelos (“la raza cósmica”). Debe anotarse que no se trata de opiniones aisladas; hace algunos años estos puntos de vista habían formado ambiente y se les encontraba en el periódico y la conferencia.

La solución es muy diplomática: transfiere el problema a un futuro lejanísimo e improbable. Dentro de algunos miles de años, la actual Sud-

² EXEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires.

américa prehistórica o embrionaria será algo que no es posible concebir ni aún en el plano de las adivinaciones líricas... Pero por muy seductora que sea esta manera de explicar —y declarar inapelable— el actual desorden sudamericano, es imposible que satisfaga. Fijémonos que es una solución de tipo darwiniano —librar el juego de causas y efectos a períodos milenarios para obtener los resultados a través de la selección de millones de elementos. Y el tiempo de las civilizaciones es hartó más breve y urgido; su unidad es la de la generación humana. Jamás ha sido posible contar más de cinco de éstas sin que el panorama varíe radicalmente en cualquier cultura.

Luego, el mismo Martínez Estrada hace notar el ansia del habitante pampeano por anularse a sí mismo mediante sensaciones primordiales: la mujer, la tierra, la bebida. Y bien, el sentirse desahuciado en tal forma no es un sentimiento primitivo ni mucho menos; el intento de "evasión" corresponde típicamente a períodos de anquilosamiento y descenso. Y digo primitivo y no prehistórico, puesto que ignoramos en absoluto cuáles

pudieran ser las reacciones humanas en la prehistoria.

Tampoco creo en los resultados —que se producirían de por sí— de una fusión de razas a largo plazo. “Somos América, Africa y Europa a la vez, sin grave turbación espiritual” escribió el historiador y sociólogo Luis López de Mesa³ ¡juicio extraño! Parecería que de la confusión de razas hubiera de surgir indefectiblemente una especie superior. ¿Por qué? Es mucho confiar en el azar. Las razas pueden mezclarse indefinidamente sin producir ningún nuevo tipo estimable, como ha venido sucediendo en las zonas levantinas del Mediterráneo. Y cifrar las esperanzas de progreso en una completa fusión racial es arrojar los términos del problema sudamericano a las contingencias de un futuro tan lejano que escapa a toda apreciación.

No son ciertamente éstas las soluciones que necesitan nuestros pueblos. Quizás alientan en ellas, subconscientemente, el ansia de evadir o sobrepasar la fea realidad del presente. Como disculpa o justificativo resultan grandiosas. Pero el trans-

³ *Cómo se ha formado la nación colombiana.*

ferir todas nuestras posibilidades a un futuro que todavía no está siquiera bosquejado en la inmensidad del tiempo; sería agregar un estupefaciente más a la apatía y el renunciamiento en que actualmente viven enormes sectores sudamericanos, "Hay una tendencia", escribe Mariano Picón Salas, "de disculpar lo mal hecho, porque todavía somos jóvenes, de interpretar como signo de americanidad lo que parece oscuro e informe. En ciertas manifestaciones de la expresión criolla, el manoseado autoctonismo no es sino grosero fetiche de desidia o confusión mental". Uno de esos fetiches es el de la futura raza americana, si es que se trata de aguardar su aparición para poner manos a la obra.

Por todo eso rechazo la extrema solución que pretende resolver nuestro presente colgándolo entre los términos insondables de la prehistoria y el futuro remoto. Por las observaciones aquí apuntadas rechazo igualmente la fácil disculpa de nuestra juventud y cierro este capítulo —intencionadamente corto— con la pregunta que un día fué eliminada del temario: ¿Somos realmente un continente nuevo?

INDICE

	Pág.
<i>Advertencia.</i>	7
<i>Un antecedente.</i>	11
I Memento Histórico.	17
II Meditación Geográfica.	37
III El Amorfismo Sudamericano.	53
<i>Inadecuaciones al medio.</i>	53
<i>Por qué el amorfismo genera fundamen- tales desencuentros del hombre con el medio.</i>	68
<i>Algunas puntualizaciones: cultura, fol- klore, familia y relación sexual.</i>	79
<i>Resumen.</i>	107

	Pág.
IV Política.	111
<i>Dos procesos.</i>	111
<i>Sombras del coloniaje.</i>	124
V Los Grandes Vacíos Sudamericanos. .	147
VI ¿Somos realmente un Continente nuevo?	159

El día 26 de julio de 1950,
se terminó la impresión de es-
te libro, en los talleres de la
EDITORIAL STYLO, en las calles
de Durango 290, México, D. F.

FECHA DE DEVOLUCION

El lector se obliga a devolver este libro antes del vencimiento de préstamo señalado por el último sello.



--	--	--	--

F2210
F3



UNAM

7957

INST. INV. SOCIALES

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

INVENTARIO DE BIBLIOTECA

MATERIA

LIBRERO

TABLA

F2210

F3

C.1

957957

Carroll
and American

A. Fabrega

F2210
F3